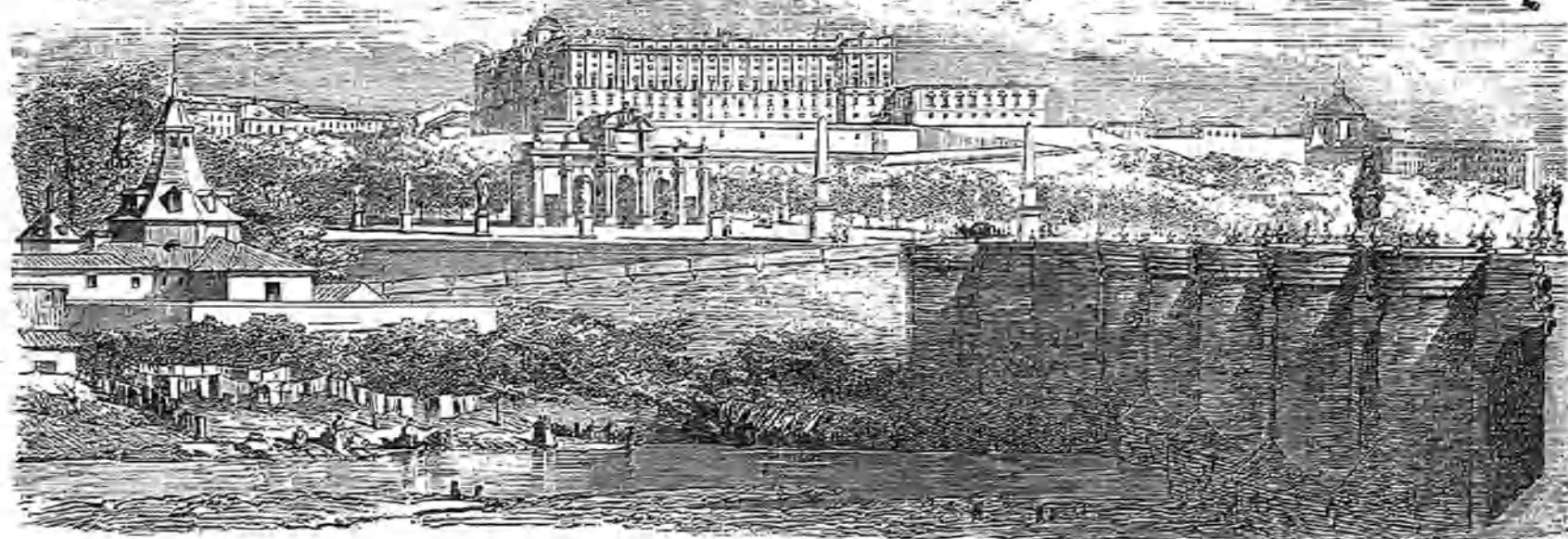


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE JULIO DE 1871.

NÚM. 37.

### SUMARIO.

**TEXTO.**—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—Otro precursore de Malthes, por D. A. Cincos del Castillo.—Vida del ilustrísimo Melchior Cano, por D. Fermín Caballero, por D. S. Latorre.—Don Miguel Pérez y Céspedes, por D. Roman Gascorrotza.—El tonel de ceretas, cuento (conclusión), por D. José Fernández Brindón.—Ellyden, ópera cómica de Auber en el Teatro y Circo de Madrid, por S.—A Francia (poesía), por El Vagabundo de Heredia.—Despedida (poesía), por D. Antonio Cincos del Castillo.—Don Estanislao Figueras, por D. Roberto Robert.—Mis días (poesía), por don Ramon Rodríguez Correa.—Tramo de un salón del palacio del duque de Bailén, y patio del mismo palacio, por G.—Nuevas armas del imperio alemán, por el mismo.—No hay deuda que no se pague... Cuento original (continuación), por D. Alvaro Fenosa.—El organillo (poesía), por D. Ramon Rodríguez Correa.—Cartas acerca de la cuestión de la ópera en España dirigidas á M. Karl Pitters. Carta tercera, por D. Antonio Peña y Godí.—Fiesta en honor de Mendez Núñez, por La Redacción.—GhaBadoz.—Nuevas armas del imperio alemán, dibujo de D. Alfredo Foyos.—Fiesta en honor de Mendez Núñez, dibujo de don F. Pradilla.—Fiesta en honor de Mendez Núñez, croquis de don Rosendo Novas, dibujo de don E. Mouteon.—Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal, fotografía del señor Laurent, dibujo de D. A. Perca.—Don Estanislao Figueras, del mismo.—Patio del palacio del Excmo. señor duque de Bailén, dibujo de D. J. L. Patteer.—Tramo de un salón en el palacio del Excmo. Sr. D. J. M. Conteras.—Don Miguel Pérez y Céspedes, dibujo de D. A. Perca.

### ECOS.

Hace cuatro ó cinco años, cuando llegaba la hora en que debían celebrarse los conciertos en los Campos Eliseos, media población afluía á este sitio. La multitud pasaba bajo los arcos de la puerta de Alcalá como un

aluvion por los estrechos ojos de un puente. El entusiasmo de los filarmónicos estaba en su apogeo. Se verificaba una invasión del arte: se desarrollaba una epidemia musical, y la perturbacion de los cerebros madrileños era tan grande, que se concedía á Bellini casi tanto gozido como á Cúchares.

Lo que algun tiempo fué verdadera pasión degeneró en costumbre: no podemos pasar ya el verano sin música. Gattambide, Barbieri, Monasterio, Arban, Botteini, han tenido sucesivamente á su cuidado el entretenimiento de las orejas cortesanas; y lo que empezó en los Campos Eliseos continúa su brillante existencia en los jardines del Buen-Retiro, actual punto de cita en las noches de los miércoles y sábados de la sociedad elegante.

Pero el juego sagrado se extinguiría. Asiste á los conciertos del Buen-Retiro tanta concurrencia como asistía en otro tiempo á la de los Campos Eliseos; no va, sin embargo, animada de los mismos filarmónicos sentimientos. Los jardines del Buen-Retiro no son más que una prolongacion del Paseo del Prado. Se llega tarde al salón, según rancia costumbre de la gente culta; se da una vuelta por París á contra pelo de los paseantes, según uso no menos antiguo, y luego, al concierto, á seguir la revista de las fisonomías de mejor tono y buen gusto de Madrid. El templete donde funcionan los músicos está en el centro; alrededor hay un pequeño vacío, punto de reunión de los sordos; despues muchas hileras de sillas; despues otro vacío, donde pasea el mundo elegante; despues... se rompe el círculo y siguen los jardines. La disposición parece, en efecto, bien ideada para conciertos; sin embargo, es mucho mejor para



### ADVERTENCIA.

En el momento de cerrar el número de LA ILUSTRACION DE MADRID, no hemos recibido la biografía del Excelentísimo Sr. D. Cándido Nocedal, que debía acompañar á su retrato, y de cuya redacción se ha encargado el distinguido escritor D. Gabino Tejedo. La publicaremos en el número próximo.

LA REDACCION.

NUVAS ARMAS DEL IMPERIO ALEMÁN.

pasarse, hacer el amor, lucir un traje ó deshacerse en estornudos.

Por grande que sea el propósito de oír música que tenga Vd. al ir al concierto, es imposible realizarlo. A uno y otro lado del paseo circular se encuentran como en exposición las más lindas mujeres de la corte. No las hay allí feas, porque todas, como santitos de romería, están recién pintadas y barnizadas. La luz artificial favorece la mentira y las hace aún más interesantes. Los hombres, pues, víctimas de su ignorancia en materias de tocador, dejan escapar su alma por sus ojos y no por sus oídos. En cuanto á las mujeres, nunca prestan atención á la música sino cuando están solas. Mientras haya delante de sus ojos un hombre que las mire ó un vestido de mejor corte que el suyo, Weber, Gounod y Mendelssohn pierden el tiempo. El ruido de la conversación general apaga el de la orquesta. Ni se entiende lo que se oye, ni lo que se habla. Sólo los músicos, metidos en su jaula, están poseídos del ardor sagrado, y bregan adheridos á sus instrumentos sudando la gota gorda en honor del arte: ¡infelices! tocan con tanta decisión y entusiasmo como si el público los escuchara!

Fuera de los miércoles y sábados, la sociedad elegante asiste á los circos, y allí se divierte viendo cómo voltea en el trapezio un hombre suspendido á sesenta pies de altura, á modo de campana que toca á rebato y que amenaza escaparse de su seguro y caer sobre las cabezas de los espectadores. Las amazonas y picadores bailan un rigodon á caballo y saltan á través de los conchidos arcos cubiertos de papel; se exhiben niños y niñas perfectamente descoyuntados, se representan pantomimas aderezadas con puntapiés y sopapos y se admiran las recursos de ingenio de los clowns de la compañía.

Sostienen algunos naturalistas que el hombre desciende del mono. A la verdad, parece que los *clowns* no han tenido más nobles ascendientes. Vedles si no cuando reciben un puntapié ó una bofetada. En el momento de adquirir el impulso se estremecen de arriba abajo como figuras de gelatina, se tuercen y retuercen como columnas salomónicas y recorren el circo saltando como pulgas. Su cuerpo, arretado por un movimiento vertiginoso, rueda sobre la arena como el disco lanzado por la mano del atleta... Brazos, piernas, cabeza, forman una masa inerte y confusa... De pronto se paran y se razan las orejas con la punta del zapato. El público entonces aplaude y pide que se repita el puntapié con todas sus consecuencias.

Desde que el Ayuntamiento fundó en el Retiro la gran jaula de monos, que habrán Vds. visitado algun domingo, han afluído las entradas en los circos. Diganse Vds. si Kennel ni Leonard han hecho volatinas con más inspiración y más gracia que los monos sudorosos.

Hablemos de la mar. La historia de la humanidad está dividida por un gran paréntesis: el diluvio. Las simpatías que á temporadas demuestra el hombre por el agua, no están, pues, justificadas. Sin embargo, acuérdese á las estaciones del camino de hierro y preguntad á los viajeros dónde van. ¡Al mar! se dirán unánimemente. Los médicos les han dicho que encontrarán la salud en el fondo del líquido elemento, y se lo han creído. Se han comprado, por lo tanto, un hongo y un quitasol, han hecho un lío con todos sus bastones y paraguas, han metido entre correas el gabañ y un par de mancas de camino, se han calzado unos anteojos de cristal ahumado, y tomando el maletín, la sombrerera y otros varios no pequeños bultos se meten en el tren y desembarcan en Alicante, en Valencia, en San Sebastián ó en Castrourdiales.

Ya en el puerto, la primer recomendación que le hacen á Vd. los bañistas es que no se entre mar adentro para bañarse. ¡Es horrible lo que pasó ayer! le dicen á Vd. alguno.

— ¡Qué es ello! pregunta Vd. sobresaltado.  
— Ayer, prosigue el otro, entró la señora de un amigo á bañarse y se internó más de lo conveniente: de pronto desapareció en el fondo. Acudieron los bañeros y consiguieron salvarla; pero ¡en qué estado, cielo! ¡Horrorizaba verla!...

— ¡Ahogada!  
— No señor... ¡cubierta de cangrejos!

Sin duda que entre los pescados no hay médicos, toda vez que no vemos ningún pez que salga á tierra por su voluntad: si los hubiera, de seguro que variarían por esta época caravanas de truchas y lenguados en peregrinación á la Mancha, á curarse, tomando el sol en aquellos arenales, sus reumatismos ó hidropesias.

Sentado sobre una roca que domina la extensión del Océano, se admira el mar, pero no se comprende toda su grandeza; es mejor para comprenderlo examinar las simples gotas de agua que las olas, al romperse á nuestros pies, nos envían.

Los poetas engrandecen las cosas pequeñas y empuñan las grandes. Una gota de agua es para ellos un brillante, una perla y nada más: Jansen, que descubrió el microscopio, ha sido el poeta del mar; él nos reveló los poemas escritos por Dios en una gota de agua. La simple vista apenas la distingue entre los pétalos de una flor; pero la mirada de la ciencia que sobre ella y la gota se ilumina, y crece como henchida de un soplo divino. El ojo atrevido que se asoma al cristal del microscopio se retira entonces asombrado, viendo surgir de aquella nada un océano inmenso, poblado de infinitos y extraños seres, sin forma casi, casi sin color; pero que se agitan y van y vienen, viven y mueren y se renuevan incesantemente. Retírase... y de aquella admirable creación, de aquel sin fin de mundos en que las maravillas se eslabonan hasta donde no alcanza el pensamiento, de aquellos millares de millones de imperceptibles seres que quizás aman, que quizás odian, que acaso tienen ambiciones tan ruines como ellos ó tan grandes como su pequeñez, queda sólo una serena y maquiavélica gota de agua.

Sumad, pues, los infinitos contenidos en la infinita inmensidad de gotas de agua que forman el mar, y avergonzados ante tanta grandeza confesad que tiene mucho de ridículo la pretensión de que Dios le haya hecho expresamente para receta de la clorosis, de las escrófulas, ó de la raquitis que os consumen.

Pero la fé salva, y con fé ciega, este año como todos, la humanidad doliente profanará el océano, metiéndose en él con alpargatas y calzoncillos.

¡Bien haya el que lejos de los altos puestos del Estado y sin ambición que le devore el alma ve pasar sus días en la oscuridad y el olvido! ¡El podrá dormir tranquilo sin que turbe su sueño el fantasma del miedo! ¡Beberá el agua en el hueco de la mano y comerá en pobre mesa; pero no llevará temblando á sus labios la dorada copa, ni morirá hambriento entre sabrosos manjares!

No hace mucho, según dicen los periódicos, que la *Internacional* celebró una junta en Bruselas, acordándose, entre otras cosas, la muerte de los príncipes reñantes, de sus inmediatos sucesores y de los pretendientes al trono. Mr. Thiers ha sido comprendido en la sentencia.

Apesar de esta terrible amenaza ningún príncipe ha abdicado, ni Mr. Thiers ha hecho dimisión de su cargo.

Respecto á mí, se habrá dicho sin duda el casi octogenario jefe del gobierno francés, la determinación de la *Internacional* es un lujo de asesinato.

La noticia de haber ido á Londres el Tato con objeto de que le hagan una pierna postiza con la cual pueda torrear, ha producido indignación entre los amigos del constructor del aparato con que actualmente reemplaza á la que le falta. En opinión de éstos el aparato que lleva y que le ha construido un tal Juan Palomo no puede ser mejor, y es una gran falta de patriotismo ir á buscar una pata postiza en Inglaterra.

En cierta batalla perdió un general una pierna destrozada por una bala de cañón.

Hízose una pata de palo, y en otra batalla otra bala le hizo astillas el zoquete.

—Lo que es esta vez, exclamó el general, se lleva chusco el enemigo, porque traigo más piernas en la maleta.

Si el Tato vuelve á torrear pareceme que ha de tener ocasión de parodiar la frase.

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

## OTRO PRECURSOR DE MALTHUS.

Quizá recuerden mis lectores que pocos días há publicó un periódico belga la noticia de que en la última sesión de las que todos los años celebra la sección de letras de la Academia de Bruselas, sesión que tuvo lugar á 10 de mayo, en la gran sala de las Academias del Museo, se había leído entre otros trabajos uno muy importante de M. J. J. Thonissen, profesor católico, y de los más distinguidos individuos de aquella corporación ilustre, intitulado: *Un précurseur de Malthus*. Este tal precursor del famosísimo pastor y economista inglés, no es otro un Belga que el abate Mann, laborioso miembro en vida de la antigua Academia de Bruselas. Se ignoraba hasta ahora, sin embargo, y sábese de hoy más por el elegante y concienzudo estudio de Mr. Thonissen, que diez y ocho años ántes de dar á la estampa Tomás Roberto Malthus la primera edición de su famoso *Ensayo acerca de los principios por que se rige el desarrollo de la población y del inflajo de ésta sobre el futuro progreso social* (Londres, 1798), tenía impresa aquel sabio belga otra *Memoria* en la cual aparece ya expuesta la teoría misma del economista inglés, piedra de escándalo al mundo durante el primer tercio del siglo actual. Mr. Thonissen, bien conocido ya en Europa por su excelente obra que lleva el título de *La Bélgica en el reinado de Leopoldo I*, es un escritor sobrado imparcial y grave para que con eso y todo acuse á Malthus de plagio. Malthus no alcanzó seguramente conocimiento alguno de la *Memoria* del abate Mann, y monsieur Thonissen lo reconoce de buen grado; pero su propio patriotismo no ha podido consentir que se arrebatase á un belga la gloria de haber descubierto, ántes que nadie, una ley ó teoría tan importante hoy ya en la ciencia, y que tan hondamente ha alterado aquella general opinión de los antiguos, que pretendía medir con exactitud por el número de habitantes la prosperidad ó pobreza de los territorios y de las naciones.

No soy yo dado, por cierto, á exagerar el mérito de los españoles en armas, industria, artes ó ciencias, ántes bien he solido censurar el vano empuño de algunos de enaltecer con descubrimientos apócrifos, ó participaciones injustificadas en los varios triunfos humanos, la gloria de los hijos de la Península, los cuales poseen en sus anales bastantes hechos propios y exactos para no necesitarlos fabulosos ni ajenos. Partoeme á mí, por el contrario, que á estas nobles naciones decaídas, como á los hidalgos perezosos y pobres, más se les da pereza que no afición al trabajo, recordándoles sin cesar los altos méritos de sus antepasados, porque con aquellos suelen contentar el señor propio, dejando de enrase como debieran, de adquirir caudales y blasones nuevos. Pero la razón y la justicia exigen que á cada cual se dé lo suyo, y de este eterno y santo *avem caigues*, tampoco debe ni pueda excluir nada á la propia patria. No por lisonja, pues, ni por mera vanagloria, sino por rendir culto á la verdad sólamente, propóngome desvirtuar algun tanto el efecto del *fragmento* que Mr. Thonissen acaba de dar á luz, comunicando al público, por mi parte, que no ménos que Malthus tuvo también su precursor el abate Mann, y que más de cien años ántes que uno y otro naciesen; tenía ya expuesto cuanto hay de esencial en su doctrina acerca del desarrollo de la población, cierto español *anónimo*, y por lo que hace á su persona de todo punto desconocido. No es esta la vez primera que cito yo en mis escritos el breve tratado que poseo manuscrito é inédito con el título de *Artes de la dominación*, el cual, aunque inédito, quizá no sea muy raro, porque el mio no es sino una copia, y otras, y aún el original mismo, pueden muy bien albergarse en las grandes colecciones de *papeles varios* de nuestras bibliotecas principales. Es el dicho tratado, á no dudarlo, obra de uno de los políticos castellanos de la segunda mitad del siglo XVII, y aun de alguna de sus frases se colige que fué escrito entre las sublevaciones y guerras de Cataluña y Portugal; notándose en él, por tanto, los ordinarios defectos de método y estilo de la época. Prefiero con tales defectos y todo copiar textualmente alguna breve parte del manuscrito, ó extractarlo, porque copiándolo, formarán más exacta idea los lectores del autor y de la obra. Desembarazando, pues, de inútiles consideraciones preliminares la doctrina de nuestro anónimo economista, queda concretamente formulada y expuesta en los párrafos que siguen:

«En el principio (dice al pie de la letra el manuscrito), creó Dios el cielo y la tierra, y haciendo á Adam absoluto dueño, le dió por compañera á la mujer, ordenándole que la llenasen: *cresete et multiplicamini et replete terram*. Y habiendo de suceder esto, no observando continencia alguna, se multiplicaron los hombres en

poco tiempo, de manera que no hubo en ella parte que no fuese habitada; por donde brevemente nacieron desórdenes y contrastes, ocasionados de la demasiada multitud de los pueblos. Los cuales para evitar la confusión eligieron cabos que los gobernasen y administrasen justicia; y, reconociendo como superiores á los que antes eran sus iguales, libraban en su solicitud y cuidado el de las humanas necesidades. Esto mismo es lo que se practica hoy; pero excediendo los desiderios del mundo á la providencia de los príncipes, se experimenta que vale poco su atención y diligencia para evitar los males. Por lo cual, así como la abundancia nace de la poca cantidad de individuos que consumen los víveres, procede también la esterilidad del número de aquellos; no pudiendo la tierra, la cual queriendo de cuando en cuando el reposo disminuye más que aumenta la cosecha anual, suplir á la propagación humana, que continuamente se va multiplicando. Con que, *siendo de naturaleza contraria estas dos producciones*, no obstante que dependen la una de la otra, es constante que esta y aquella buscan en vano el remedio, quedando sujetas á los siniestros accidentes que cada día se encuentran. Y para dar más luz á esta verdad, conviene saber cuánta es la superficie de la tierra, supuesto que siempre que el número de los vivientes excede á su capacidad y á la cantidad de alimentos que puede producir, sin duda ninguna será violenta la curación de su mal, *no pudiendo repararse sino por el medio de la hambre, de la peste ó de la guerra*. La circunferencia de la tierra y del mar es de 360°, que reducidos á veinte leguas por grado hacen siete mil doscientas leguas, de cuya circunferencia, dando que sea el diámetro dos mil doscientas noventa y una leguas, vendrá á ser toda la superficie de la tierra y mar diez y seis millones cuatrocientas noventa y cinco mil y doscientas leguas. Pero porque de ella vienen á ser los dos tercios de agua, y descontándose como incultivables las partes que están debajo de los polos, habremos calculado abundantísimamente, si damos la cuarta parte del globo terrestre por tierra cultivable, con que vendrán á quedar solamente cuatro millones ciento veintitres mil ochocientas leguas superficiales de tierra, aun comprendiendo las montañas desiertas, lagos y ríos. A este cálculo se halla oprimida la tierra, siempre que el número de hombres excediera de cuatrocientos mil veintitres millones, y ocho cientos mil; pues, por lo ordinario, no puede disfrutarse de una legua de terreno bastimento para más de mil almas, proveyéndolas de leña y prados para el mantenimiento del ganado. Hecho este cálculo de la capacidad de la tierra, se ha de completar con el de la propagación del hombre, y se hallará la tierra en *veinte y cuatro siglos mucha más poblada de lo que puede sustentar*, aunque se considere hácia lo más estéril, teniendo fecundidad las mujeres. Para lo cual pongamos solamente la sucesión de seis hijos, de edad de diez y ocho en veinte años arriba, en cuyo tiempo está más apto el hombre á engendrar y la mujer á concebir, y se verá del cómputo que el número será mayor del que podrá alimentar la tierra. Naciendo, pues, de esto la confusión entre los hombres, se conturban las monarquías, se inquietan las repúblicas, y, aunque sólo toca al autor de la naturaleza dar el remedio, no obstante, impelido el hombre de la ambición de dominar, *desconfiando de aquella soberana Providencia que de ninguna se olvida*, y luego en la pasión de la codicia, no es ya como otro tiempo, *Homo, homini Deus*. Pero conducido de infernal política, con pretextos aparentes provocándose un Estado contra otro, se introduce la guerra, que, llevando consigo por escueta familiar, peste, hambre y otras calamidades, viene á convertir al hombre *Homo, homini bestia*.

Tras esto, tan fielmente copiado del original, que no he omitido palabra alguna, diserta aún largamente el autor sobre los medios bárbaros que para remediar el exceso de población solían emplear en su siglo los pueblos entregados á la poligamia. Para conocer su teoría general acerca de la propagación de la especie humana y los principios por que se rige, basta, no obstante, con lo ya expuesto. Ciertamente que los supuestos del autor de que trato sobre la extensión superficial de nuestro planeta (hoy calculada, como es bien sabida, en unos quinientos diez millones de kilómetros cuadrados); sobre la parte que de esta extensión pertenece á la tierra, ó las aguas; sobre la fertilidad general del planeta, ó la cantidad de población que pueda sustentarse, por término medio, cada legua cuadrada, andan lejos de ser exactos, según al presente enseñan la geografía y la estadística. Avenajóle ya mucho Malthus en tal concepto, y todavía más le aventajan, como es natural, los economistas posteriores. Pero mi objeto no es rectificar errores geográficos y estadísticos que á primera vista se conocen ahora, y que eran inevitables en la ya remota época de nuestro economista. Lo que aquí importa observar y

ver es la doctrina. Mr. Thomissen ha procurado establecer una vez más, á lo que parece, en su curioso *fragmento*, los verdaderos principios económicos en la materia, limpiando la teoría de la población de Malthus de falsas, violentas y aun groseras interpretaciones, y dándola su recto sentido, ó reduciéndola á sus verdaderos límites; cosa intentada ya, cual nadie ignora, por otros muchísimos escritores, y entre ellos los más ilustres economistas de nuestro siglo. Natural es, en verdad, que mucho más de lo que ha habido que explicar ó rectificar en el economista inglés, haya que enmendarlo todavía al anónimo español que estoy dando á conocer ligeramente, sobre todo en sus conclusiones. Mas sobre los errores de hecho de nuestro anónimo, (bijos del relativo atraso de un siglo en geografía y de la casi total ignorancia que había entonces de estadística), así como sobre los errores accidentales que comete en el desenvolvimiento de su propia teoría, hay que poner la verdad esencial é inconcusa de esta teoría misma, la realidad de la ley de vida, formulada primero por él, por el abate Mann después, según hoy se vé, y al fin por Malthus.

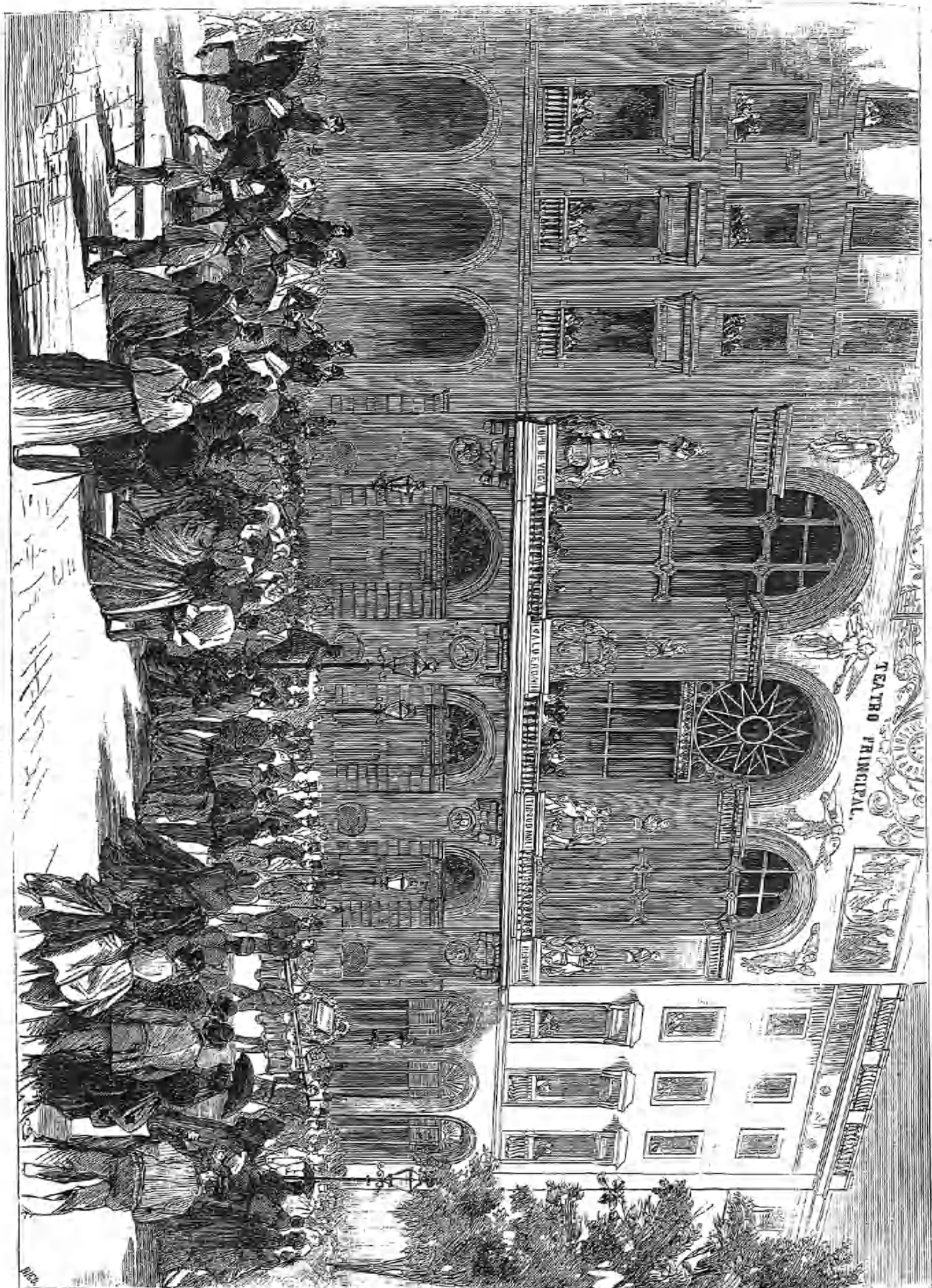
Lo cierto es, como ántes dije, y nada más que esto importa, que nuestro anónimo supo y puso de relieve, cuando se equivocaban todos los hombres de Estado de su tiempo al determinar el grado de prosperidad y grandeza de un país únicamente por el número relativo de habitantes que poseía, ya fuesen ricos, ya pobres, medianos, miserables ó hambrientos. Dícese claro en el manuscrito del economista español, que en realidad, la riqueza y la prosperidad de un país sólo debía medirse por el número de habitantes que mantenía sanos y prósperos y con medios suficientes, no ya sólo para la existencia, sino para el progreso. A pesar de esta observación profunda de nuestro anónimo, la doctrina contraria continuó imperando y todavía pasó por evidente á los ojos de Luis XIV, de Napoleón I y de casi todos los economistas antiguos, incluso los españoles; pero la ciencia está hoy ya en esto de parte del autor de los *Arcaes de la dominación*. Mucho más interesante es la otra observación de este mismo autor, de que la población crece con más facilidad y rapidez que las subsistencias, deduciendo de aquí el principio de que la propagación de la especie humana, como la de los animales irracionales, no tiene más límite natural que la falta de medios materiales con que alimentar la vida. La ciencia también en esto le da la razón hoy al anónimo autor español. No creo yo que pueda ya racionalmente dudarse que donde quiera que hay recursos para que subsista un hombre más, éste accede inmediatamente á devorarlo, llamado por las leyes de la naturaleza; y aun me atrevo á añadir por mi parte que al punto mismo que se cence una hogaza más de pan (tomando al pan en su eterno sentido simbólico), no tan sólo nace el hombre que ha de consumirlo, sino otro además, que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el *pauperismo*, orgánica enfermedad de la más próspera y productiva de las naciones de Europa. Remoto es, sin duda, el peligro de que se llene todo el mundo de más población que puede alimentar, predicho y explicado en los párrafos copiados de nuestro economista anónimo, y por de pronto debe tranquilizarnos bastante el que hace ya más de dos siglos que calculó el que bastaría con cuatro para que la tierra rebosara en habitantes, sin que nos encontremos á la mitad ni muchísimo menos de semejante exceso de propagación, que sería verdaderamente pavoroso. Pero justo es también decir, que el plazo de cuatro siglos de nuestro anónimo, no tiene otro carácter que el de veinticinco años, señalado por Malthus á la duplicación de la población; y que entrambos autores reconocieron ya juiciosamente los grandes obstáculos que se oponen á que se realice en toda su plenitud posible la propagación de la especie humana. Aquellas cifras, pues, hay que considerarlas como arbitrarias, y felizmente inexactas, reduciéndolas, cual ya con otro motivo he dicho, á considerar el principio, la ley de que se trata, que es lo único verdaderamente importante, así como en el *Ensayo* de Malthus, en los *Arcaes de la dominación*.

Encerrada en este sólo punto la crítica de sus autores, no puede menos de ser muy favorable. La ciencia de nuestros días plenamente confirma la profundidad de la observación de nuestro anónimo y la certeza de la ley por él formulada. No hay que exagerar su doctrina, pero menos razonable aún sería negarla. Los economistas prácticos de Inglaterra no encuentran hoy otra solución al temeroso problema del exceso de población, real y prácticamente planteado en aquel breve y próspero espacio de tierra, que el de promover la emigración de los muchos que ya allí han nacido tarde á otras tierras

deshabitadas; y esto aun despues de destinar la Gran Bretaña en su famosa ley de pobres á aliviar los efectos del mal, una gran parte de la enorme ganancia de su industria, cambiándola por producciones naturales de los demás países del mundo. Mucho de esto acontece igualmente en diversas provincias de Alemania. Los economistas teóricos de todas las naciones se rinden igualmente á la evidencia de los hechos. El propio Bastiat, no obstante su amor ardiente á la personalidad humana, su optimismo y el invencible horror que le inspiraba todo lo inarmónico, irremediable y fatal, en los destinos del hombre, si bien pretendió refutar la teoría generalmente tenida por de Malthus, no hizo más en realidad que exponerla con mayor exactitud y confirmarla en cuanto tiene de esencial. No temía Bastiat que jamás llegase el caso de que todas las partes del mundo estuvieran por igual sobradas de población, como imaginó nuestro economista anónimo, mas su confianza la fundaba únicamente en la idea de que siempre bastaría para remediar el indudable desequilibrio entre los consumos y los productos alimenticios, la previsión individual, estimulada por la libertad de todos y por el progreso universal de las Inces. Lo cual es, en suma, reconocer las leyes distintas de la producción y el consumo, y la falta de relación y proporción entre ellas observada por nuestro anónimo (que hasta llegó á tenerlas por *contrarias*, según hemos visto); por Mann y por Malthus. En lo que más se apartaba de estos tres economistas Bastiat, era, pues, en el remedio de los males ya en en parte causados, y que con de temer en mayor grado aún, por la diferencia entre la producción y el consumo. Para Bastiat, individualista acérrimo, todos los problemas sociales tienen que resolverse por la libertad individual y con los medios en el hombre inmanentes y naturales. El hombre del porvenir producirá en su concepto mucho mejor y mucho más que el de ahora, y ántes de alcanzar al límite de sus esfuerzos y de sus productos, comenzará á limitar ilustrada y previsivamente el mismo su familia, no casándose, por ejemplo, sino cuando tenga racionales probabilidades de sustentar bien á sus hijos. Dado este punto de vista optimista la cuestión se evita, no se resuelve, dispensándose, sin duda alguna, mucha mayor confianza que merezca á la previsión y á las pasiones humanas.

Seguramente que aun dado el caso de que un conjunto ó sociedad de hombres constituido en nación no alcance ya á subsistir con los productos del propio suelo, puede atraer á su territorio los sobrantes de otras naciones, mediante mayor industria y laboriosidad; pero la adquisición de tales productos extraordinarios también tiene su término y el *pauperismo* tiene que surgir de todos modos, más temprano ó más tarde. Los estragos de éste los disminuye la emigración asimismo; mas la emigración no es posible sino porque todavía quedan (y para muchos siglos felizmente), tierras donde la población, en vez de sobrar, hace falta. La teoría de nuestro *Anónimo* y la de Malthus, y más aun la de los discípulos de este último no parece y es horrible, sino cuando se establece y contempla la hipótesis, más ó menos remota, de que no queden ya tierras vírgenes ó deshabitadas para los emigrantes. Pocos el entretanto si bien el mal no asusta á nadie, con frecuencia se observan sus parciales efectos. El pobre siente hoy y sentirá siempre, como el rico, los providenciales efectos que inclinan al amor, á la vida conyugal, á la multiplicación de nuestra especie; y aun puede afirmarse que aquel experimenta tales efectos con más viveza y eficacia que más cerca está de la naturaleza, y menos distraído, por tanto, con las artificiales satisfacciones que á los cultos, á los poderosos y á los ricos, ofrecen, ahora el lujo, ahora la ambición, ahora el cultivo mismo de la inteligencia. Y si el apego al lugar en que ha nacido, la falta de recursos, ó cualquiera otro motivo semejante, impiden que abandone una familia el territorio donde ya no hay subsistencia para ella, la pobreza, la miseria, el hambre, la agonía, la muerte, ponen al cabo fatal límite á su propagación, representándose así en breve espacio cada día, lo que nuestro *Anónimo*, Mann y Malthus generalizaron y estudiaron como problema universal y social. Pero voy sin querer dilatando harco más que conviene este artículo, donde no es posible tratar detenidamente tan difíciles cuestiones. Mi objeto no es otro, y á él me atengo, sino dejar con claridad señalado lo que hay de verdadero ó digno de escusa y aun de admiración, en el curioso tratado inédito del economista *anónimo* que he comenzado á dar á conocer hoy en su propia patria.

No bastando la previsión individual como Bastiat pretendía; no siendo tampoco suficiente la obligación ó fuerza puramente moral, en que confiaba Malthus prin-



FIESTA EN HONOR DE MENDEZ NUÑEZ.



FLETA EN HONOR DE MENDEZ NUÑEZ.

especialmente para contener el mal, cuando éste llega á invadir alguna parte de la sociedad humana, muchos economistas se han adelantado los sesos buscando remedios materiales, legales, hijos de las inscripciones, de los reglamentos, de la acción directa del Estado. Nuestro español anónimo no dejó tampoco de buscarlos. Y después de una sombría y extravagante exposición de la idea de que todos los príncipes y los gobiernos todos de su tiempo, incluso los más católicos, promovían de hecho y caso pensado continuas guerras, sin otro fin que desangrar sus pueblos é impedirles crecer con exceso (en lo cual encarecía más su inteligencia y prevision que su piedad seguramente); nuestro *anónimo*, desahogado ya, y algún tanto repuesto de su mal humor y su pesimismo impio, trata de hallar también remedios prácticos, constantes y compatibles con la justicia, que aplicar al mal que describe. Entónces escribe los párrafos que á continuación copio, y con ellos completa su teoría y termina su obra:

«Confieso (dice después de proponerse á sí propio las dificultades y las preguntas) el embarazo de la respuesta, por ser muy difícil hallar un bálsamo proporcionado á la cura de semejante herida, respecto á la imperfección de la naturaleza humana, en todas sus potencias ofendida gravemente en el original pecado, y por esto siempre inclinado á lo malo; con que depende, no de nuestras pasiones, sino de una intemperata razón, porque siendo esta en tal manera pervertida y desviada de lo recto, viene á ser muy árdua la empresa de el remedio. No obstante, sí es verdad, que *adhuc modicum lumen in nobis est*, el soberano remedio sería un continuo pensar en la muerte, pues templando por este medio nuestras desordenadas pasiones, se vendría á desestimar las temporales miserias, y poner todo el cuidado en merecer y alcanzar las delicias eternas. También sería remedio el que los príncipes fuesen todos santos y justos, que no diesen mal empleo á sus vasallos, queriendo de estos el obsequio de el *Regem honoríficis*, y que no se olvidasen de el *Deum timere*. Que considerasen no les es concedido el destruir tan bárbaramente á los vasallos sino que les han sido dados como á pastor y padre, para administrársles justicia y alimentarlos, pues que su autoridad se acaba con la vida, y después de ella, habiendo usado mal, *Potentis, potenter, tormenta patitur*. Y supuesto que todas las miserias de los pueblos nacen de la demasiada multitud, propensa siempre á la novedad y revolución, el remedio sería que la residencia de los reyes no durase mucho tiempo en una ciudad muy poblada, sino que de cuando en cuando mudasen la corte, pues, dividiéndose el concurso, quedarían más seguros los príncipes y con mayor quietud los pueblos. El remedio sería que la mayor parte de los pueblos se retirasen del mundo y abrazasen el estado eclesiástico ó al menos el celibato, y, sin ingerirse en cosas temporales, atendienesen con toda aplicación á la observancia de su profesión y particularmente de la castidad; y, para inducirlos más fácilmente, los príncipes y particularmente el Cristianísimo, por ser su reino muy poblado, contribuyesen largamente con limosnas y privilegios, así á los hombres como á las mujeres que quisieran retirarse, haciendo nuevas fundaciones de muchos monasterios, aun en una misma ciudad, y particularmente de aquellos religiosos que, además de la bondad de la vida de que constan, saben modos peregrinos, no sólo de chupar la sangre política (que también es servicio), sino de atraer á su compañía sujetos de todas jerarquías, con tal que tengan dinero, ingenio y nobleza. Que se instituyesen en caballeros de hábitos diferentes muchas encomiendas, dignidades y beneficios, tanto eclesiásticos como militares, de los cuales sólo los hombres libres pudiesen gozar; cuyo medio hace subsistir la Italia con más perfecta salud del cuerpo político, por lo que no la he comprendido entre las demás naciones que exceden en la abundancia de humores. Que ningún casado pudiese ser admitido á oficio ó ministerio civil, porque administrará la justicia con mayor rectitud un hombre sólo y libre, pues el que se hallare con el cargo de mujer y hijos ha de pensar en toda una familia. Que los soldados no pudiesen casarse, y, siéndolo antes de asentarse plaza, no pudiesen aspirar después á ninguna puesto ó dignidad militar, porque éste, por ayudar á su mujer y hijos, hará mil estorbo á los pueblos y aun hará traición al príncipe, llevado del interés. Finalmente, el remedio sería que en las ciudades y territorios, sus dependientes no permitiesen más matrimonios de aquellos á cuyos descendientes pudiese alimentar el terreno. Que la mujer que fuera del matrimonio produjese hijos fuese castigada rigurosamente, y los hombres muy incontinentes fuesen, como en pena, condenados á casarse, sentancia que experimentarían más sensible, en cuanto los excluía de todo puesto y dignidad, quedando obli-

gados á contribuir á los embaldíos del príncipe: conque sería raro el que no diría con los discípulos á Jesneristo, *prostat non vobere*. Pero porque *non omnes capiunt verbis hoc*, ya conozco que censurarán estos remedios, por violentos atractivos de mil inconvenientes impracticables. Y así si esta *tuca* no sana el mal de ojos, séanos la misma luz más odiosa, ó sirvanos por lo menos de *Alessio farinaceo* para que no se babeen tantos disparates, que no dieran motivo de prepararla.»

De ineficaces ó extravagantes, de irreligiosas ó violentas es facilísimo calificar tales remedios, y la defensa sería tanto más difícil cuanto que, según se acaba de ver, confiesa y reconoce que lo son el autor mismo. Mas ¿por ventura son mejores y más prácticos remedios los propuestos por muchos de los economistas de nuestra edad? Ha dicho ya que Malthus, ménos seriamente estudiado que calumniado por sus adversarios, no hallaba que oponer al mal de que tratamos, sino la prudencia en los matrimonios y el límite moral que está cada uno obligado á dar á sus pasiones, cuando puede ser perjudicial que las satisfaga. Esto no tiene nada de immoral seguramente; mas no deja de ser bastante parecido al remedio de la castidad, mediante el frecuente voto religioso, propuesto por nuestro *Anónimo*, John Stuart Mill, en su *Economía política*, ha también mucho al progreso de las luces, y principalmente á la igualdad de ocupaciones y oficios, que pretendió establecer entre los hombres y las mujeres, con la cual se lisonjea de arrancar esta preciosa mitad del género humano á la exclusiva profesión de la maternidad, que hoy en su concepto llena; esperando también, de paso, que se disminuyan las relaciones amorosas entre ambos sexos, al compás que se aumenten las industriales, las administrativas y aun las políticas; y en verdad que entre tales ideas y la de nuestro *Anónimo*, de fijar por medio de la autoridad pública el número de matrimonios que en cada lugar conviene llevar á efecto, para no engendrar proles miserables y hambrientas, quizá sea más sencilla y práctica la última. La inocencia de los primeros años, el pudor de la adolescencia, el honor de la juventud, eran por lo que hace á Bastiat, como en lo esencial dejó ya expuesto, artículos providencialmente establecidos en la ley de limitación de la especie humana; ley propia de un ser inteligente, moral y preventiva, y las transgresiones, de la cual, según el propio economista, necesariamente tienen que ser castigadas por obra de la indigencia, las enfermedades y la muerte. Pues toda la diferencia entre Bastiat y nuestro *Anónimo* en este punto, está en que el primero habla más que al segundo en la espontaneidad humana para el establecimiento de la ley de limitación; por lo cual quería el último disminuir los matrimonios, no á impulsos de la voluntad individual, sino por ministerio de la ley, imponiendo á los casados la pérdida de muchos de sus derechos civiles, ya que aspiraban al dulce honor de perpetuar su especie. Para mí, en suma (y como ya he dicho antes), tales remedios, modernos ó antiguos, son con evidencia insuficientes, y sus autores han solido dar estas muestras de conocer á fondo el corazón humano. Pero hay cosas mucho peores todavía. El artículo intitolado: *Population* del Diccionario de *Economía política*, publicado bajo la dirección de Coquelin et Ouillemain, contiene ya no sólo remedios ineficaces, extravagantes, inmorales, sino hasta bárbaros é inhumanos, de los cuales sería ocioso dar aquí extensa cuenta, bastando á mi propósito declarar que, en comparación con los modernos economistas que los han imaginado, debe tenerse á nuestro *Anónimo* por hombre religiosísimo y muy mirado. Quien más ha protestado en nuestros días, y con más rigor, contra el error de la escuela que el llama Ricardo Malthusiana, ha sido, sin duda, Carey en su *Principios de la ciencia social*, y nadie ha negado tampoco más terminantemente que el mismo la necesidad de las guerras, de las hambres, de las enfermedades ó de la peste, para mantener el orden social, «corrigiendo», como él dice (y no sin repetir literalmente una de las frases de nuestro *Anónimo*, ántes copiada), una supuesta gran falta del Divino Creador. Y sin embargo, ¿qué oscuridad también y qué insuficiencia la de su doctrina, cuando trata de explicar la ley de población y los medios por los cuales ha de evitarse su excesiva desenvolvimiento! La verdad es que en este punto, como en tantos otros, la ciencia observa y establece los hechos, sin poder destruirlos, aunque pueda en gran parte modificarlos; y que la *Economía política* del siglo XIX no está mucho más adelantada acerca de la resolución del temeroso problema de que se trata que la del XVII, representada únicamente en este punto por nuestro *Anónimo*.

Y, en conclusión, puesto que es hora ya de poner término á este artículo: todo sabe negárselo al autor de

los inéditos *Armas de la dominación*, si no se le juzga con equitativa indulgencia; pero nadie podrá dejar de reconocer en adelante que él fué el verdadero precursor de Malthus: precursor tan digno de aprecio al ménos como el nuevamente celebrado abate Maas, y con ventaja (ya que de esto principalmente se trata) de haberla precedido siglo y medio.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## VIDA DEL ILUSTRÍSIMO MELCHOR CANO.

POR

DON FERMIN CABALLERO.

Con este sencilla título acaba de publicarse en Madrid un libro original, interesantísimo; un libro que consuela y regocija el ánimo en medio de la tristeza literaria y del abatimiento científico de la presente edad.

El autor es un hombre de Estado á quien España ha visto figurar en primera línea y ejercer vasta influencia durante el período quizá más agitado y trascendental de la historia política moderna. El asunto del libro es un humilde fraile dominico del siglo XVI.

El escritor vigoroso del *Boo del Comercio*, el orador contundente de la Cámara popular, el ministro de la Gobernación de 1843, no sacrifica hoy, en la madurez de su talento y de su edad, las clarísimas luces de que el cielo le hizo merced, y el fondo de ciencia atesorado en largo medio siglo de incesante estudio, á la estéril discusión de sofismas políticos, ni al elogio candoroso de teorías ininteligibles. A más provechosos y patrióticos fines consagra el Sr. Caballero las fuerzas de su inteligencia, el candor de su erudición y la admirable perspicuidad de su criterio; que es, en verdad, alto y noble ejemplo el que ofrece á la presente generación, agitada en piélagos de vanidades y delirios, un ilustre veterano de la política y de las letras que, abrazado á la bandera de la clásica sabiduría, señala como gloria nacional, no ya á un guerrero de fortuna, ni á un caudillo de las masas, sino á un teólogo de los días de D. Felipe II.

El Sr. Caballero había publicado en 1868 un libro curiosísimo referente á otro español insigne, también teólogo y filósofo, también sacerdote, y también natural de la provincia de Cuenca. Las *Noticias biográficas y bibliográficas del abate D. Lorenzo Hervás y Panduro*, forman un precioso cuadro en que resalta la erudición y severa crítica del autor; y en que se da á conocer con perfecta exactitud al célebre jesuita, que con sus hermanos de Religión y compañeros de infortunio los Andrés, Masdeu, Lampillas e Isla, contribuyó á realzar en Italia el nombre español con obras científicas que son perdurable monumento de verdadera sabiduría. Pena da el confesarlo; pero es lo cierto que si del abate Hervás eran conocidos en España algunos escritos voluminosos como la *Historia de la vida del hombre*, el *Catálogo de las lenguas* y la *Escuela de sordo-mudos*, otros impresos y algunos inéditos han salido ahora á noticia de los estudiosos, por la inteligente perseverancia y celo incansable del Sr. D. Fermín Caballero. ¿Quién sabía entre nosotros la vida del ex-jesuita Hervás? ¿Quién se hubiera ocupado en escudriñar archivos y bibliotecas, en revolver legajos olvidados, en hacer y rehar viajes para completar el estudio biográfico y bibliográfico de un religioso español, expulsado de su patria y acogido con amor en la ciudad de Roma, que es la patria de todos los desgraciados y el dulce asilo de las almas doloridas?

El abate Hervás murió á principios de este siglo. Las investigaciones de su biógrafo, concienzudas y prolijas, se han referido á una época azarosa de nuestra historia moderna; la busca de documentos y la depuración de tradiciones y noticias orales han ofrecido, sin duda alguna, dificultades no leves; el examen de libros y papeles verificado al efecto, supone largas vigilias. Cuando se publicó tres años hace el libro del Sr. Caballero, creyóse por todos que no podían llevarse á mayor extremo la diligencia en inquirir la fortuna en hallar y el tino en disponer tanta riqueza de datos. Y sin embargo, la obra relativa á Hervás era sólo una especie de ensayo, una hermosa preparación para el libro por todos conceptos notable á quien sirve de epígrafe el nombre de Melchior Cano. Es un tomo en 4.º, de 640 páginas; contiene el estudio núm. 2.º de *Conquistas ilustradas*, y está lleno de preciosas noticias y observaciones críticas de gran utilidad para el mejor conocimiento de aquel siglo tan fecundo en maravillas; del siglo de Carlos V y del Concilio Tridentino.

El Sr. Caballero no ha omitido fatiga, ni dispendio,

ni diligencia para esclarecer hasta en los más triviales pormenores la vida del ilustre dominico autor de *Los Lugares teológicos*. Las disquisiciones relativas á la patria y familia del gran teólogo son un trabajo de singular mérito y paciencia que la villa de Tarazona no acabará nunca de agradecer al docto académico, natural y morador de su vecina Baraja de Mulo.

El autor ha seguido paso á paso á Melchor Cano desde su nacimiento (año 1509) hasta su muerte, acaecida en 1560 en el convento de San Pedro Mártir, de Toledo: verdad es que el medio siglo que comprende la vida de Melchor Cano, es un período histórico de gran trascendencia para España y para toda la cristiandad; y no es ménos cierto que Melchor Cano representa papel muy importante en los acontecimientos científicos y religiosos de aquel gran período histórico.

La materia era difícil y áspero el terreno. La pasión política y el fanatismo racionalista han acumulado tantos errores y aun tantas calumnias, acerca de la España de Carlos V y de Felipe II; los escritores nacionales han caído con tanta frecuencia en la triste debilidad de creer y seguir á los escritores extranjeros enemigos de nuestras glorias más puras, que (habremos de confesarlo con ingenuidad) el espíritu se tranquiliza y aun se deleita cuando ve tratados, no ya con lisonja, pero siquiera con justicia, aquellos preclaros monarcas que engrandecieron el nombre español y fundaron la bendita unidad de creencias que ha sido nuestro timbre más excelso y envidiado.

El Sr. Caballero no pertenece á la escuela de los admiradores de aquellos reyes y de aquellos tiempos; pero tampoco hace coro con sus detractores. En su estudio del siglo XVI, con ocasión de Melchor Cano, resalta la prudencia más esquieta y se desmembra sin esfuerzo el amor á la verdad que constituye una de las prendas características del autor.

Al juzgar á Cano, teólogo en el Concilio de Trento; al dar noticia y emitir opinión acerca de sus producciones científicas; al examinar las causas y el alcance de la oposición del dominico á la Compañía de Jesús, y de su conducta en el asunto del arzobispo Carranza; al estudiar su consulta sobre vasallos de las iglesias, y su famoso *Paracer* al rey sobre las diferencias con el Papa, el Sr. Caballero procede con tanta rectitud de raciocinio y con tan serena crítica que jamás omite ni desfigura dato alguno, favorable ni adverso, presentando los hechos tales como constan, tales como su perseverante labor en archivos y bibliotecas ha logrado depurarlos, y dejando que las apreciaciones y las consecuencias broten lógicamente y necesariamente de premisas claras como la luz.

A ochenta y cuatro llegan los documentos justificativos que ilustran y avaloran la interesante monografía del Sr. Caballero, procedentes en su mayor número del archivo general de Simancas, sacados otros de las bibliotecas de Madrid, Salamanca y Roma, sin contar las ciento y más obras impresas ó manuscritas consultadas por el autor, ni su correspondencia con personas doctas en todos los puntos de España y del extranjero donde residió Melchor Cano, para llegar al más perfecto conocimiento de todos los pormenores de su vida, y al juicio más exacto acerca de sus hechos y de sus escritos.

Así se concibe que ni los cronistas más minuciosos de la orden de Santo Domingo, ni los biógrafos más diligentes de sus egregios varones, hayan llegado con respecto á Melchor Cano á la abundancia y precisión de noticias que nos ofrece el libro del Sr. Caballero. Que fué un teólogo español de primera línea, en la época en que los teólogos españoles eran los primeros del mundo; que asistió al Concilio de Trento; que fué elegido obispo de Canarias; que fué poco favorable á los jesuitas, y no muy benévolo con su hermano de hábito el arzobispo Carranza; que desempeñó cátedras y ejerció prelaturas en la orden de Santo Domingo; que gozó gran estimación del rey D. Felipe II; esto se sabía, con más ó ménos confusión, acerca del maestro Melchor Cano; sobre todo la obra de *Lugares teológicos* había contribuido á perpetuar su nombre en las escuelas. Pero sobre cada uno de los puntos enunciados habían surgido pareceres distintos y á veces contradictorios. Quién decía que presentado fray Melchor para la silla episcopal de Canarias, el Pontífice se había negado á su preconización; quién exageraba y describía con los más extraños colores la actitud del sabio dominico respecto á los jesuitas; quién calificaba con los términos más duros su consulta al rey D. Felipe; quién, por último, ponía en duda, ya que negar no era posible, su concurso y sus brillantes peroraciones en el Concilio de Trento. Amigos y adversarios habían cuidado más de defender con muchas palabras sus propias conjeturas, acaso preocupaciones, que de inquirir la verdad y corroborarla con testimonios irrefragables. El Sr. Caballero ha estudiado

cada uno de los anteriores temas, como si cada uno fuese el objeto exclusivo de su libro. Años enteros le ha costado el llegar al esclarecimiento de alguno de ellos, como el de la presentación para la silla episcopal de Canarias con todas sus consecuencias. En fuerza de investigaciones tanto en España como en Roma, es ya un hecho claro é indisoluble que fray Melchor Cano, presentado para la Santa Iglesia y obispado de Canarias en 1552 por el emperador Carlos V, recibió del papa Julio III la confirmación en agosto del mismo año, la cual se publicó solemnemente en el consistorio de 1.º de setiembre, en que Su Santidad llama teólogo aventajadísimo ó excelentísimo (*Prestantissimo theologo*), al preconizado. La renuncia de la mitra y dignidad episcopal hecha por fray Melchor, tampoco es ya controvertible, constando, como consta, el acta consistorial de abril de 1551 en que el mismo Sumo Pontífice Julio III provee de Pastor á la iglesia de Canarias, «vacante por cesación del reverendo padre D. Melchor Cano, hecha espontáneamente en manos del Pontífice y admitida por Su Santidad.»

Que el gran teólogo dominicano fué poco afecto á la nascente Compañía de Jesús no hay para qué oscurecerlo ni contradecirlo. El Sr. Caballero ha hecho grandes esfuerzos de talento para presentar á la mejor luz que le ha sido posible la figura de nuestro ilustrísimo paisano en sus relaciones con los primeros hijos de San Ignacio de Loyola. Es por demás ingenioso, circunspecto y razonable cuanto aduce para explicar los sentimientos de Melchor Cano en esta materia; probado queda hasta la evidencia en el erudito capítulo del libro del Sr. Caballero, que Cano, en vez de ocultar, expresaba por cuantos medios directos ó indirectos podía sus opiniones respecto á los jesuitas; y aun parece muy probable que escribiese algun papel especialmente enderezado á tal objeto. Pero en buena lógica y á la luz de la experiencia de tres siglos, ¿qué puede ya probarnos toda la historia de la enemistad de Melchor Cano contra la Compañía de Jesús? Se trataba de una institución novísima, fundada por maravillosa manera, venida al mundo en días de tremendo combate del error contra la verdad; de una institución de predicadores infatigables, de sabios maestros, de discurtidores valerosísimos; y fray Melchor Cano, gran teólogo, gran predicador, gran controversista, apesar de su ciencia y de su virtud, era hombre; y si hemos de juzgar por lo que revela el exámen detenido de sus escritos y por lo que se desprende de su constante proceder en el negocio de Carranza y en otros, ¿dijo será definir con el Sr. Caballero que «en repetidas ocasiones descubre su carácter con la dureza en los términos y el desvanecimiento en los juicios; siempre parece dispuesto á ejercer la sindicatura.»

Hubiera vivido Melchor Cano veinte años más, y de cierto que aquella alma recta y noble se hubiera arrepentido de la sindicatura ejercida con los jesuitas como de la ejercida con Montano, con el venerable Granada y con tantos otros preclaros varones de su tiempo.

Grandes elogios se han hecho de fray Melchor Cano, y amargas censuras se han escrito contra él: desde colocarle el primero despues de Santo Tomás de Aquino, hasta crear meritorio el matarle, dice D. Fermín Caballero, Cano ha sido objeto de los mayores encomios y de las más graves ofensas. Estaba reservado á un seglar, á un escritor ajenó á todas las rivalidades de escuela, el formular con absoluta imparcialidad, y guardando atemper los respetos debidos á todos, el juicio crítico del teólogo eminente de Salamanca y de Alcalá, del obispo dimisionario de Canarias, del autor de la obra universalmente aplaudida y admirada *De Luce theol. logicis*.

El Sr. Caballero ha prestado con su libro un gran servicio á la historia científica y literaria de nuestra patria. No importa que lo lean pocos en estos días de general turbación. ¿Quién agradece los esfuerzos y los trabajos y los dispendios de un buen patriota que todo lo sacrifica á la honra de restaurar una gloria nacional, en estos tiempos de borrasca para las glorias nacionales? Alcanzan acaso premio y popularidad las obras insensatas que engendra la ignorancia y acoge la pasión de partido; y apenas hay una palabra de elogio ni de consideración para escritos magistrales que suponen gran fondo de saber y ensierran tesoros de enseñanza. ¿Gran valor se necesita en los días que alcanzamos para lanzar al público un libro formal, ó, como ahora se dice, serio? Valor superlativo, si el libro se refiere á cosas de pontífices y de reyes y de teólogos del siglo XVI! Por eso no tenemos expresiones bastantes con que felicitar y elogiar al ilustre autor de la *Vida de Melchor Cano*. Débele gratitud la historia eclesiástica y literaria de nuestra patria, débensela todos los estudiosos; y se la debe muy en especial la provincia de Cuenca (mi ama-

da tierra natal), para quien el presente libro es un monumento que publica la gloria de dos insignes hijos suyos: fray Melchor Cano y D. Fermín Caballero.

S. CATALINA.

## DON MIGUEL PEREZ Y CÉSPEDES.

El último correo de la isla de Cuba nos ha traído una tristísima noticia: D. Miguel Perez, teniente coronel de las escuadras de Guantánamo, ha muerto á manos de ese puñado de foragidos que acorralados en la manigua y guaraciéndose en la espesura de los bosques ó en las cumbres del Cuzco y Sierra Maestra, hacen los últimos desesperados esfuerzos para sostener la más criminal y vandálica de las luchas conocidas, y para arrebatar á la madre patria una de sus más hermosas provincias. Perez cayó mortalmente herido por una bala en la cabeza, no en lucha leal y franca, sino en una miserable y alevosa emboscada, y segun nos dice nuestro veraz correspondiente, el cuerpo de aquel valiente fué horriblemente mutilado á machetazos por sus cobardes é implacables enemigos.

Refiere un periódico de la Habana que D. Miguel Perez descendía de aquellos primeros moradores de la Isla, á quienes dió España cuanto podía dar: civilización, idioma, leyes, costumbres, religion, ayuda y desahogo; y que de tal modo venia conservándose su familia sin mezcla alguna con las nuevas razas que han ido poblando sucesivamente la isla de Cuba, que todos los enlaces se celebraban entre individuos de dicha familia y aun hoy sus hijos se casan con las hijas de sus hermanos.

Nació en 18 de mayo de 1806, en Tiguabos, y apenas le apuntaba el hoz cuando ingresó en el cuerpo de Milicias disciplinadas de Bayamo, comenzando desde luego á distinguirse por su valor y por su ardiente patriotismo, y á prestar señaladísimos servicios á la causa del orden y á los verdaderos y legítimos intereses de la Isla, que no son otros que los de España. Perez no pertenecía, como ya he indicado, por su origen y ascendencia al elemento llamado peninsular, pero su honrado corazón y la rectitud de su juicio no admitían estas denominaciones funestas, ni otros partidos políticos que el nacional y el separatista; nadie con más títulos que él podía creerse representante de las antiguas razas cubanas, y tal vez por lo mismo repetía frecuentemente que la sangre que circulaba por sus venas, sangre americana, pertenecía á su noble patria, á su querida España, y que por honrarla derramaría hasta la última gota.

Cuéntanos del *viejo Miguel* (así le llamaban vulgarmente) tantos y tan notables rasgos de bravura, que no es extraño llegara á conquistar el dictado de «Héroe de Guantánamo», con que se le conocía últimamente, ni que fuera el terror primero de los cimarrones y despues de los filibusteros: bastará citar algunos hechos de su trabajosa vida para que mis lectores formen idea de las condiciones características de este ilustre anciano. Perseguido cierto día á uno de los enemigos, y éste, que veía segura su muerte, se arrojó, arriesgándolo todo, desde una altura extraordinaria á un verdaderísimo abismo: Perez se abalanzó sobre un árbol de majagua, y asiendo las ramas con mano vigorosa las imprimió un violento movimiento impulsivo, saltó briosamente y un momento despues hace presa del fugitivo; rodeado una vez de cinco negros que blandian los machetas sobre su cabeza, no se arredra por su acometida, deslízase entre ellos, flexible como una serpiente y ágil como el tigre, hiere mortalmente á tres de los africanos que contaban ya como segura la victoria, y consigue capturar á los dos restantes. En el castal *La Prudencia* se batió no há mucho tiempo al frente de catorce valientes contra cien indios á los cuales dispersó, sosteniendo antes el fuego por espacio de cuatro horas.

Práctico como ningún otro en el terreno sobre que operaba, conocía las más ocultas sendas, las entradas y salidas de los bosques y hasta el más fragoso y escondido rincón de las guardias en que se esconden los famosos *civilizadores cubanos*, y acudiendo las escuadras de indios, cuyos oficiales pertenecían á su familia, había desarrollado un plan de operaciones, con el que iba limpiando su jurisdicción de enemigos, y habia conseguido tales resultados que en Guantánamo no hay que deplorar el incendio ni de una sola estancia ó vegu. A los setenta y un años de edad soportaba las fatigas que frecuentemente rendían el ánimo y el cuerpo de los mozos, sin dar señales de cansancio, y á todos sorprendía en agilidad y fortaleza para atravesar montes virganes, y la rara cualidad de conocer la ruta que llevaba el ene-

migo cuando ningún signo parecía revelar su paso por aquel terreno; una hoja arrancada distraída ó casualmente y en la que nadie se había fijado era bastante para que Pérez, á cuya sagacidad nada se escapaba, siguiera el rastro con planta segura. Estas cualidades le habían granjeado el prestigio de que gozaba en el territorio cuya defensa y protección le estaban encomendadas, y era la causa de que los naturales se apresuraran á empuñar las armas con entusiasmo, poniendo toda su confianza y su cariño en el honrado ciudadano que, como ya he dicho, se apellidaba entre ellos el *viejo Miguel*.

Bastán estos ligeros apuntes formados sobre las noticias que publican los periódicos de la Isla, algunas de cuyas líneas he creído conveniente copiar, y sobre los datos que nos suministra nuestro coloso corresponsal, para que los lectores de LA ILUSTRACIÓN puedan apreciar hasta qué punto es sensible la pérdida que hoy deploramos. En la tarde del día 31 de mayo fué conducido el cadáver del ilustre patriota Pérez á la última morada; la villa de Guantánamo estaba de luto y sus habitantes todos seguían, dando visibles y varoniles muestras de sentimiento, los restos del que había sido su mejor amigo; las tiendas permanecían cerradas y las banderas á media asta; los voluntarios llevaban crespon negro al brazo y las músicas tocaban marchas fúnebres; en el cementerio pronunció el teniente gobernador un discurso breve, elocuente y conmovedor, y el cadáver del venerable anciano Pérez fué inhumado en el panteón erigido en honor de los que mueren como buenos defendiendo la hermosa tierra que los vio nacer, al lado de Cerveró, de Jiménez y de Olivares, nombres de modesto origen, pero que vivirán eternamente en la memoria de los españoles.

Pérez, que había visto morir en la presente campaña, de un balazo en el pecho, á su hermano Francisco, ha sido asesinado por esas hordas vandálicas que desgarran el corazón de la patria. Deja en el mundo á su esposa, y la nación agradecida tiene grandes deberes que cumplir con aquella infortunada señora y con la familia del que fué buen padre, buen esposo, cumplido caballero y glorioso ejemplo de insigne patriotismo. El autor de estos apuntes necrológicos no conoce de D. Miguel Pérez y Céspedes más que sus hechos, pregonados por la fama y admirados por todos los españoles que residen en Cuba; pero no comprendería que aquí donde la mayor parte de los hombres políticos de todos los partidos no suele ser muy escrupulosa cuando se trata de imponer sacrificios, no siempre justificados, al empobrecido Tesoro público, ó de otorgar distinciones honoríficas, más de una vez merecidas, no comprendería, repite, que las Cortes y el Gobierno dejaran de honrar cumplidamente la memoria del que consagró toda su vida al servicio de la nación y cumplió con ejemplar lealtad el juramento que había prestado de morir por ella, ni que abandonaran á los rigores de la desgracia á esta familia que no podrá consolarse nunca de la irreparable pérdida que ha experimentado. El cumplimiento de estos deberes será un acto, no de prudente generosidad y mucho menos de excusable largueza, sino de estricta, de necesaria justicia.

Una observación para concluir: D. Miguel Pérez era

cubano y ha perdido su vida en el campo de batalla, ha exhalado el último aliento con el nombre de España en los labios; así ha dejado de latir aquel corazón generoso que abrigó la fé y el amor patrios que le alentaron en sus grandes empresas; mientras los nobles hijos de Cuba mueren abrazados á la bandera de sus padres y agotan sus fortunas y se empobrecen por defender al lado de los soldados y de los voluntarios peninsulares, los intereses, el buen nombre, la integridad y el honor de la madre común, el filibusterismo se atreve á establecer sus reales en nuestra misma metrópoli. Este es un hecho

tístico, mancos, ictericos, lazarinis y terciarios, pidiéndole la salud por misericordia. Damas flaquísimas engordaban visiblemente con el tratamiento del doctor, que también disminuía el excesivo volumen de las gruesas. Se le atribuían curas admirables y operaciones atrevidas: sus recetas se consideraban como licencias para vivir y los moribundos le pedían que prorogase su existencia. Los chatos salían de sus casas con narices aguiladas; convertía las bocas más anchas en boquitas, y cicatrizaba los pulmones más llagados, si su dueño no los dejaba en su despacho por unos cuantos días.

Sabía las virtudes de que carecían los medicamentos, por lo cual nunca propinaba remedios inútiles, y su historí, en vez de causar dolores, hacía reír de gusto á los enfermos.

Llovían regalos en su casa; no bastaban arcas para guardar el oro y la plata, y para colmo de ventura, estaba casado con Eva, cada día más hermosa y rogante.

Estéban, sin embargo, no era completamente dichoso, porque amargaban su vida tres pesares.

Uno de ellos era el recuerdo de su amigo y el temor de revelar el crimen entre sueños: el esqueleto de German colocado en un mueble de ébano y cristal, era la admiración, por su vigorosa y gallarda osamenta, de todos los que visitaban el despacho; más de una joven había suspirado, al verlo se entienda, pensando en el arrogante mozo á que debía haber pertenecido.

Algunas veces trató Estéban de relegarlo á un desván; pero no se atrevía á faltar á la última disposición de su amigo, temiendo que la preocupación por semejante falta le hiciese soñar alto. Pero su presencia le mortificaba, sobre todo cuando Eva entraba en el despacho, y extraordinariamente si ésta se detenía á contemplarlo.

Creía entonces que el esqueleto iba á decir de un momento á otro: "Yo fui tu prometido; yo debía ser tu esposo."

Pero el esqueleto era prudente y se callaba.

El segundo pesar de Estéban le producía su afición de violinista. Si Eva le había concedido en ma-

no, fué, entre otras cosas, por tener un recuerdo de German en su mejor amigo; pero exigió á Estéban la promesa, consignada en escritura solemne, de no tocar el violin sino fuera de su casa.

Estéban era aficionado al violin; pero su gusto se convirtió en delirio con la prohibición, y con la completa imposibilidad de satisfacerlo desde que la fama le absorbió todo su tiempo.

Un ciego apetito de tocar le martirizaba: sólo una ó dos veces durante su matrimonio había podido alejarse de la población con su violin, y defogarse en medio de un camino tocando con voluptuosidad y verdadera auzia hasta que sus dedos se agarrotaban ó se rompía el instrumento.

Pero el pesar más intolerable del doctor consistía en el descubrimiento de que su mujer era coqueta: unos días fijaba su vista con placer en un buen mozo que le debía la nariz, otros miraba con demasiada frecuencia á través de los cristales, ó tenía continuas distracciones, ó recibía visitas á cada instante, ó escribía cartas muy largas en pliegos muy pequeños.

Convencido de la coquetería de Eva, determinó averiguar si era culpable, para lo cual anunció Estéban una



EXCMO. SEÑOR DON CÁNDIDO NOCEDAL.

tan inaseguro como bochornoso y que debe llamar seriamente la atención de todos: del Gobierno para que haga uso de la iniciativa que le corresponde y ataje con mano fuerte y con remedios eficaces la lepra que se nos entra por las puertas, y de los ciudadanos honrados para desenmascarar á los miserables apóstoles de una doctrina que se cotiza á buenos cambios entre ciertos mercaderes, cuyo estómago consiente y digiere el pan amasado con la sangre y las lágrimas de nuestros hermanos de Cuba, y cocido al calor de los incendios que van arrasando el suelo de aquella provincia.

ROMÁN GOICORROTEA,

## EL TONEL DE CERVEZA,

CUENTO

POR D. JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

(Conclusión.)

III.

Habían transcurrido indudablemente algunos años. Estéban era un médico famoso; él y sus tullidos se estacionaban en su puerta, y por las calles le seguían



mañana que pasaría aquella noche velando á un enfermo. Creía salir de dudas con esta estratagema, nacida desde el principio del mundo por todos los maridos recelosos.

Llegó la noche, y cuando Estéban se despidió de su mujer, observó con espanto que Eva se había peinado con más esmero del que tenía por costumbre.

## IV.

—Es imposible, decía Estéban en la calle.

—No hay remedio: si Vd. no me acompaña, mi hija se muere sin auxilio, le decía un cliente con voz amenazadora.

Estéban le siguió despechado y entró en la alcoba de la enferma, pensando en el peinado de Eva y dispuesto á salir de aquella casa acto continuo.

La jóven estaba sin movimiento, víctima de una horrible congestión que exigía la presencia del médico durante toda la noche, con pocas probabilidades de buen éxito.

El doctor vaciló un instante y luego pidió papel y tinta: escribió algunas líneas que entregó al padre de la enferma.

Cuando el padre leyó el escrito, quedóse lívido y dejó salir al médico.

Lo que juzgaba receta era un certificado de defunción en toda regla.

Estéban salió de prisa, temiendo que por una reacción milagrosa la enferma abriese los ojos.

## V.

A pesar de lo avanzado de la hora, había luz en el aposento de Eva. La sangre de Estéban dejó de circular y quedó inmóvil ante aquel solo indicio; luego vió una sombra que no era la de Eva, proyectándose en las cortinas. El indicio se convertía en evidencia y la debilidad de Estéban se trocó en un vigor nervioso extraordinario.

Abrió con sigilo la puerta de la calle y cruzó las habitaciones lenta, callada y recelosamente, temiendo hacer ruido con el aliento, y deteniéndose asustado cada vez que su ropa rozaba las paredes, ó crujían sus articulaciones, ó el calzado rachinaba. Era preciso no alarmar á los culpables, lo cual les daría tiempo para destruir las pruebas de su falta, y era también preferible terminar de una vez aquel asunto á puñaladas, á soportar continuamente una deshonra sin venganza.

Cuando llegó á la puerta de la alcoba, se hallaba fatigado; y debió tardar mucho en recorrer aquel camino, porque Eva estaba ya dormida, á juzgar por su respiración fuerte y pausada.

Estéban sacó una hoja de acero, que en sus manos debía ser un arma formidable, y abrió la puerta de la alcoba. La luz seguía encendida, Eva no se había despertado y se veían dos bultos en el lecho.

El agraviado espolo tomó la luz y se adelantó hacia los culpables; pero de pronto Estéban se detuvo, pintándose un gran terror en sus facciones.

Al lado de Eva estaba el esqueleto de German, ocupando el sitio que le habían usurpado.

Estéban perdió el conocimiento.

## CONCLUSION.

—¡Despierta, Estéban! hemos dormido más de veinte horas.

Pero Estéban oía la voz de German y no se atrevía á

abrir los ojos; cuando se convenció de que su amigo no era un esqueleto, saltó del lecho, miró á todos lados y encontrándose en su salón, rodeado de huesos y toneles, no pudo contener el júbilo y se arrojó en brazos de su amigo.

—¿Y Eva? preguntó con timidez Estéban; y respondió German:

—No la conozco.

—¿Luego, todo lo he soñado?

Estéban retrió el cuento á su amigo, y éste le dijo sonriendo:

—¡Tregua! ¡Tregua! dijo el primero arrojando el instrumento. Y luego, dirigiéndose hacia donde estaba el tonel, exclamó alzándole entre sus brazos.

—De tu interior ha salido Eva, tonel maldito, y temo que aún esté oculta en tu fondo: si saliese de él otra vez mi amistad con German peligraría. Huye, enemiga del instrumento más armónico, á refugiarte en otra casa é indisponer á otros amigos.

Y arrojó el tonel por la ventana con tal fuerza, que al caer en tierra se deshizo.

Los últimos vapores de la borrachera hicieron ver á Estéban entre las tablas desunidas y los aros del tonel, la figura hermosa de Eva, mirándole con coquetería y perdiéndose al fin entre la niebla.

FIN.

## HAYDÉE,

ÓPERA CÓMICA DE AUVER  
en el Teatro y Circo de Madrid.

Aunque la falta de espacio nos impide hacer una reseña detallada de la última obra puesta en escena en el Teatro y Circo de Madrid, no podemos prescindir de dedicar á su examen algunas líneas, correspondiendo de esta manera al celo que su digno empresario, Sr. Rivas, muestra por complacer al público.

La música de Haydée es digna de la reputación del maestro Auber y contiene multitud de bellezas que el público oye con más gusto cada noche, haciendo repetir algunas piezas y entre ellas una preciosa barcarola del primer acto, la canción de la brisa del segundo y el final del mismo, que es de gran efecto.

La versificación de la obra, encomendada al señor Fuente Brñas, es buena, y el arreglo de la música, hecho por el señor Barbieri, corresponde al buen nombre del popular maestro.

La ejecución ha sido todo lo buena que se podía esperar, teniendo en cuenta las circunstancias de la obra, que es de un género enteramente francés y no se adapta muy bien á las condiciones de nuestros

teatros, siendo dignos de elogio los esfuerzos que éstos han hecho para salir airoso con su cometido.

La orquesta muy bien, y el Sr. Arche ha sabido sacar de ella todo el partido posible.

La obra está puesta en escena con todo el lujo y propiedad que se puede desear, y las decoraciones llaman con justicia la atención del público, siendo dignas de especial mención la del segundo acto, cuya escena tiene lugar á bordo del navío almirante, y la del tercero, que representa el pórtico del palacio de Grimani con una hermosa vista de Venecia. El Sr. Rivas, comprendiendo que no sólo se debe halagar al oído, sino que para agradar á la vista son necesarios los grandes efectos, ha introducido un lujo inusitado de decoraciones que dan más realce á la escena.

Concluimos, pues, excitando al Sr. Rivas continúe poniendo las obras en escena con la propiedad que hasta aquí y el éxito coronará sus esfuerzos.

E.



DON ESTANISLAO FIGUERAS.

—Lo extraño es que la conversación nuestra, sin embargo de formar parte del sueño, es la que tuvimos ayer tarde.

—¿No brindamos por Eva? dijo Estéban.

—Sí: pero fué por la Eva del Génesis.

Los dos prorumpieron en una carcajada. Después Estéban empezó á reflexionar, tratando inútilmente de separar en su imaginación lo real de lo soñado.

—No caviles en eso, dijo German á Estéban: sería querer marcar los límites que hay entre la razón y la locura.

En aquel momento Estéban distinguió un violín, y descolgándolo, se puso á tocar una marcha diabólica y siniestra.

—Esta es la marcha que improvisé en sueños, cuando Eva salió del salón para no oírme.

—Pues te aseguro, le respondió German, que hizo bien en no escucharte: si te obstinas en seguirla, me veré en el caso de tocar mi ópera, la que me has prohibido tocar en casa.

—Deja que concluya esta parte... añadió Estéban con cariño.

German tomó otro violín y preludió una sinfonía.

## A FRANCIA.

El Genio airado de la incruenta guerra  
Te arrebató el poder, pueblo engreído;  
Las germanas legiones  
Asolaron tu tierra;  
Llevaron vencedoras  
Desde el Rhin á Versalles sus pendones;  
Volcaron de tus Césares la silla,  
Y acampán cual señoras  
Del triste Sena en la incendiada orilla.  
Despierta, alzate al fin. La diestra armada,  
Corre á lavar tu afrenta:  
En la abyección contenta  
Vivir no debe el águila irritada,  
Que, haciendo de valor y esfuerzo alarde,  
Se ornó de palmas en la egypcia arena,  
Y conquistó más tarde  
Los lauros de Austerlitz, Marengo y Jena.  
Mas ¡ay! aquel sereno  
Espíritu esforzado  
Que en los adversos trances se aquilata;  
El valor que en la lid aliento cobra,  
Timbre tuyo no es ya, ni le fué dado  
Á pueblo descreído,  
Á degradada gente,  
Que, la heredada fé puesta en olvido,  
En sí el calor de la virtud no siente.  
Vuelve en tí, Francia. Del Señor el día  
Siempre cercano está. Mira los templos  
Que tu fé supo alzar, escarnecidos  
Por los groseros cantos de la orgía,  
Por cuadrilla insolente  
De salvajes bandidos:  
Á la indefensa patria condenada  
Á morder sus cadenas impotente,  
Y en monton hacinados,  
Bajo ardorosa capa de ceniza,  
Los soberbios despojos  
De tu París, ayer pasmo del mundo,  
Hoy misero dolor para los ojos.  
Fanáticos verdugos despiadados  
La justicia de Dios ciegos cumplieron,  
Como el ronco huracán de la tormenta  
Que troncha en la montaña  
La encina corpulenta;  
Como torrente airado cuya saña  
Deja el valle florido  
En charco cenagoso convertido.  
¿Los veis? Los que encorvados  
Por el torpe placer no combatieron,  
Los débiles que huyeron  
Del astuto germano en las batallas,  
Después, tras las murallas,  
Como fiera acosada en su guarida  
Que matando al morir contenta muere,  
Hienas son en la lucha fratricida,  
Traidores á la patria, vil escoria,  
Que á libertad mentida  
Rindiendo adoración, luchan sin gloria  
Y pierden sin honor la estéril vida.  
De ese plebe sacrilega al encono  
Mueren por Francia sus mejores hijos.  
Ministros del Señor, ¡Oh! cuánto apenas  
Recordar el horror de aquella escena  
En que Allard animoso ofrece el pecho  
Sin ira, ni despecho,  
Al bárbaro diciendo que le insulta  
Con infame porfía:  
La sangre no vertais de mis hermanos;  
«¡Sed de sangre teneis! — ¡Bebed la mía!»  
Y en tanto horror, en el amargo duelo  
En qué te ves sumida,  
¿No hay á tu mal consuelo?  
¿Se apagó para tí, Francia afligida,  
La luz de la esperanza?  
¡Oh, no, no puede ser! Próvido el cielo,  
Tras el rigor de la justicia eterna  
Muestra el iris de paz y de bonanza;  
De la fé el ruego santo,  
Del inocente la plegaria tierna  
Toda culpa redime;  
Lava las tuyas con humilde llanto;  
Y de tus nobles mártires la sangre,  
Que aún en las calles de París humea,  
Signo de redención para tí sea.

El MARQUÉS DE HEREDIA.

## DESPEDIDA.

Adios, ilusión cara  
De un bien que ya he perdido  
Y eterno imaginara.  
Oculto, blando nido,  
De mis horas estériles y hoguera  
Muerta ya, viva ayer, donde acudía  
Por luz y por calor el alma mía.

También, por mi mal, era,  
Alicia, pasajera  
Tal dicha, y parte de mi inquieta vida,  
Como nave ligera  
Del viento por los mares perseguida.  
Díoteme Dios, en vano,  
Cual díome ya y quitóme presurosa  
Su inescrutable mano,  
Padre, y madre y esposa.  
Díoteme hermosa, cándida, indulgente,  
Tierna al amor, y fértil en consuelo,  
Tal vez por darme á apetecer el cielo  
Donde hay tamaños bienes solamente.  
Mas solitario, en tanto,  
Que roto el hilo acaba  
De nuestra breve y misteriosa historia,  
Contemplo hoy con espanto  
Del mundo extraño la corriente brava,  
Sin otro confidente sino el canto.  
Ni más arrimo ya que mi memoria.

Perdona, si indiscreto  
Por eso á la voz fío,  
Algo de aquel dulcísimo secreto  
Que tan solo hasta aquí fué tuyo y mio,  
Y ¡ay! ojalá que el llanto  
También corriese por mi rostro á solas,  
Cuanto el tuyo aliviando mi quebranto,  
Con sus amargas olas.  
Que tú lloras, amiga,  
No sé por qué, mas lloras; y el hirviente  
Raudal que en tu alma brota  
Y tus mejillas pálidas fatiga,  
Ni riega ya mi frente,  
Ni en mis labios se agota.  
Juguetes ámbos de fortuna triste  
Lloras tú á solas, y con ojos secos  
Aquí á la par yo envío  
Á los fugaces ecos,  
De aquel bien que me diste,  
Por única reliquia el duelo impío  
Del corazón vacío.

Un tiempo la esperanza  
Forjábanos posible lo imposible,  
Mientras la alegre y fácil confianza  
Velaba el sueño al desengaño horrible.  
¿Te acuerdas? Ya pasaron. Cual desata  
Rápido el hechizo de tu niebla el viento,  
O la espuma del mar se desbarata,  
Dejó todo de ser en un momento.  
Todo, menos tu ingrata  
Beldad, Alicia, ahora,  
Tan grande, cuanto fuera  
De nuestro amor en la feliz aurora,  
Perenne primavera  
En tí reina y florece,  
Y aun del tiempo la mano pronta y dura,  
Si mata mi ventura y tu ventura  
Quizá el hechizo de tu sér acrece.  
Cuando la vez postrera  
Toqué tus labios, de pasión temblando,  
Corrió más vivo fuego en mis sentidos  
Que nunca, y nunca resonó tan blando  
Tu adios, como el postrero, en mis oídos.  
Mas ¡ay! que esa hermosura  
Para mí es sólo ya memoria insana,  
Que añade á la presente desventura  
Del imposible bien la imagen vana.

Adios, pues, bella Alicia,  
Manantial de purísima fragancia,  
De mi sediento corazón delicia,  
No vulgar inconstancia  
De mí te aleja ya, sino que el puro  
Sér, que en tí imaginara, y loca y ciega,  
Mi alma tomó por inmortal seguro,  
Su dulce engaño dilatar no puede;

Ó bien que tanta dicha Dios me niega  
Porque al destino del mortal excede.  
Recibe mi adios último. La tierra,  
Patria de luto y dolor,  
O aciaga cárcel de dolor y guerra,  
No conoce la paz que hay en tu seno;  
Y yo ¡ay de mí! la conocí tan sólo,  
Para vivir de tus recuerdos lleno,  
Cuando ya tan de veras te he perdido  
Que ni aun mi duelo llegará á tu oído.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

## DON ESTANISLAO FIGUERAS.

Una voz que vibra sonora y penetrante; una mirada  
cuyos fulgores deslumbran á veces encendidos en el  
fuego de la vehemencia, y á veces se templan velados  
por la melancolía; una frase dócil á todo intento, que  
así contunde enruedecida para el enérgico apóstrofe,  
como se levanta, dilata y ennoblece para el himno,  
ó bien se aguja y serpentea por entre las revueltas del  
epigrama.

Las áulas de Cervera cultivaron su inteligencia; Barcelona le dió estímulo suficiente para que se habituase á generalizar sus ideas; el amor á la libertad le dió la aspiración á lo ideal; las batallas parlamentarias le sirven de reposo tras las fatigosas luchas del foro.

¿Quién le dió lo poético de la imaginación, la sensibilidad del ánimo, la constancia en los propósitos, la rectitud en las ideas?

Lo trajo consigo de aquellas desconocidas regiones de donde se viene al mundo.

De aquellos que envueltos en negros mantos se educaron entre silogismos, ¡cuán pocos han permanecido bastante leales á la libertad para seguirla en su glorioso martirio y ser fieles ecos de sus crecientes aspiraciones!

Figueras es uno de los pocos leales.

Á cada contrariedad, el cansancio, el quebranto, la poca fé, el excesivo amor de sí mismo, diezman las filas de los revolucionarios; á cada deserción sucede por fortuna la llegada de un refuerzo; la mocedad inexperta y briosa acude á llenar los claros, pero á su vez se desbandan los nuevos campeones...

Figueras ha peleado con los primeros bisoños, pelea con los hombres de hoy, y, no tememos afirmarlo, peleará con los veteranos de mañana.

La encanecida frente nos avisa que no llega por vez primera á la lidia; la robustez de la mente y el fuego del corazón nos dicen que puede batallar donde batallan los más nuevos.

En la generación actual son muchos los que apenas llegados á la edad viril lloran perdido el encanto de la existencia, y como si hubiesen nacido para no pasar de niños, en cuanto llegan á hombres no encuentran objeto á que aplicar sus facultades. La inteligencia misma es su tormento, por que á pasar suyo la sienten divagar sin rumbo, sin ideal á que referirse; se agitan en la vida pública y no les enorgullece ni halaga el ser ciudadanos; saben que son hombres á condición de contribuir al perfeccionamiento de todo lo humano, y hasta la mera noción de ese deber les abruma.

No así Figueras. Nacido en 1819, aspiró en edad temprana á sobrellevar el mayor peso que pudieran resistir sus fuerzas; y en el continuo ejercicio vigorizó su ánimo, y adquirió más lata idea de su deber á medida que se fué dilatando á sus ojos la esfera del progreso.

En 1840, un valiente falange de liberales españoles se atrevió á hablar de república.

La última Constitución del partido progresista no era un progreso; muy al contrario, era un paso atrás, que acaso correspondía á la necesidad de descanso que experimentaba el partido; era quizá una tentativa para ver si al fin se hacía posible en el poder y acortaba la distancia que le tenía separado de otra fracción más práctica y entendida.

Pero las instituciones no se crean para comodidad de los hombres de partido más ó menos rendidos al cansancio; han sido y deben ser, so pena de no arraigarse, órganos poderosos del estado general de un país; deben corresponder lo mismo á los intereses creados que á la necesidad de facilitar la creación de otros nuevos; deben armonizarse con las ideas más racionales, es decir, con las que ya pugnan buscando campo libre en que realizar su completo desenvolvimiento.

La Constitución de 1837, que quizá era un descanso necesario para los que habían padecido bajo las repetidas persecuciones de Fernando VII, era risible para la juventud, que se sentía con bríos para emprender su primera lucha; que estaba tan apasionada de los encielos

pedistas como lo habían estado los hombres de 1812, y que ya tachaba á estos de tímidos y achacaba á su falta de audacia el no haber acabado con la monarquía en España.

La regencia de duña Maria Cristina había sido poco edificante; el medio de sustituirla no era capaz de inspirar confianza; las dotes de inteligencia del afortunado caudillo que fué á ocupar el primer puesto de la nación no eran garantía de paz ni de acierto.

La juventud, irresponsable de los sucesos políticos hasta entonces consumados en nuestra patria, formó un núcleo al grito de República.

Era un grupo formado por una aspiración; no era un partido. Carecía de programa, de ideas, de organización. Enamorado de las prendas varoniles, del heroísmo y de la potencia innovadora de los revolucionarios franceses, á ellos se acogía, á la magia de aquella grandiosa epopeya de que fueron héroes y mártires.

Así se formaron siempre en las grandes perturbaciones los partidos políticos.

A aquel grupo perteneció Figueras.

¿Cómo no había de preferir á sus años lo que proclamaba el partido joven? Mal digo; ¿cómo no había de ser uno de los que sintiesen la aspiración que formó aquel grupo? El necesitaba, no descansar, sino volar; no detenerse, sino ir hacia adelante; no apoyarse en un muro viejo, sino dar la mano para servir de guía y apoyo á los rezagados.

Distinto desde entonces en la esfera política, su existencia ha sido activa y fecunda. Numerosos distritos le han ido dando sus votos para que los represente en el Parlamento.

La última revolución le señaló siempre como uno de sus más genuinos representantes para todo género de cargos, y su voz ha sonado y resuena aún en estos momentos en la Cámara de diputados, siempre en defensa de los principios á que consagra su vida.

Figueras es indispensable ya en el Congreso. Conoce y sabe de memoria el reglamento; ¿qué digo? los reglamentos que han regido la Cámara de los diputados; sabe de memoria las interpretaciones reglamentarias de aquellos puntos que suelen fiarse al arbitrio de la mesa; conoce y cita siempre con discreta oportunidad los casos prácticos que han ido formando jurisprudencia para resolver ciertos conflictos comunes á todos los Parlamentos, y por esto su autoridad reconocida en la materia ha venido á constituirle en paladín de los fueros de las minorías.

La vehemencia de sus reclamaciones, la dureza de los cargos, el amargor de los recuerdos con que patentiza errores ó inconsecuencias del adversario, van siempre envueltos en la cultura de la forma, sin que pierdan por esto nada de su eficacia.

No hay medio de falsear ante él la historia parlamentaria, ni los hechos capitales que han influido en la vida de los pueblos modernos.

Las ingeniosas alteraciones que cada partido procura introducir en el relato de los hechos para sacar de ellos una aparente sanción de su conducta, no sirven donde él esté, por que las conoce y rectifica en el acto; las exageradas calificaciones que todos los ministerios suelen hacer de la conducta de las minorías, encuentran siempre su inmediato correctivo en Figueras, que tiene presente lo que todas las minorías han hecho y arroja á la cara de cada censor la parte condenable de su historia.

Decíamos que tiene felicísima memoria para los asuntos reglamentarios; pero este dato sería incompleto si no añadiésemos que con la misma exactitud que recuerda los textos del reglamento del Congreso, recuerda las odas de su malogrado paisano Cabanyles y las orientales del no menos malogrado Arolas.

Es una organización artística, pero delicadamente artística; á pesar de que la nieve blanca ya su cabeza, aún se estremece como el adolescente al repetir:

«Perdon, celeste virgen,  
Si á tus risueños labios,  
Arrebaté de amor costoso un al»

Y que es artista se le conoce en el modo con que suele expresar para sí ó en el seno de la confianza sus afectos.

Porque cuando tras una encarnizada lucha con la presidencia, consigue sacar triunfante la buena doctrina, al levantarse la sesión, no dirá, para manifestarse satisfecho, que la justicia y la razón han vencido, ni que sus esfuerzos han restablecido el imperio de la ley, sino que al tomar el abrigo, irá cantando á media voz:

«Eso videntes á cielo...»

Preguntad las vicisitudes que en sus ideas políticas han experimentado los hombres, notables ó no, de la

política, y os los diré, con sus fechas y accidentes; preguntadle por los más bellos discursos de Alcalá Galiano, de Lopez, de Donoso Cortés, de Castelar, y os los repetirá, poseyéndose en el acto del sentimiento que dominaba el orador en el instante de improvisar lo que él vaya repitiendo; preguntadle también cómo se llamaba el tenor que en 1840 cantó el *Marino Faliero*, y sintiéndose de pronto rejuvenecido os dirá: «Se llamaba Lonati,» y es posible que añada:

«Or via, bránciani la spada,  
ed a pugnar el cada!»

No me atreveré á afirmar que sepa de memoria el numeroso repertorio de *Donizetti*; pero acaso no me equivocaría si lo afirmara; y es que hay algo de común entre la melancolía dominante en el lirico italiano, y la que en ciertos momentos se trasluce en el notable individuo del partido federalista.

Hay ciertos desgraciados que no conciben al republicano ardoroso é intransigente, sino como hombre duro, incapaz de blandos afectos, insensible á los encantos de las bellas artes, inaccesibles á la ternura.

¿Qué dirían esos hombres al ver á Figueras poseerse de la más noble piedad al oír las primeras notas con que la sonámbula Amina protesta de su inocencia al ohecado amante?

O si por acaso, sin conocerle, tuviesen ocasión de leer en su semblante la expresión de sus sentimientos, ¿cómo habían de sospechar de él que fuese un escifeo de partido extremo, de esos partidos en que el vulgo durmiente sólo sueña fiebre de desatentados propósitos, pasiones funestas y ansias de destruir todo lo racional, justo y bello?

Estanislao Figueras ha sido diputado en 1851, 1854, 1862, 1868 y lo es hoy día, y ha ganado en reputación á medida que han ido siendo conocidas sus cualidades.

Dentro y fuera de la Cámara, forme ó no parte del Directorio federal, la autoridad de su voto será siempre una de las influencias más poderosas en el campo en que milita.

Su existencia es activa más que ruidosa; es constantemente madrugador; á las primeras horas de la mañana se le suele encontrar corriendo á diligencias.

Quando aún no ha dejado el lecho el soñoliento lonjista, persuadido de que los hombres políticos no son hombres laboriosos, ya ha ido y vuelto dos ó tres veces por su calle el abogado Figueras, ó el diputado Figueras, ó el individuo del Directorio Figueras, ó simplemente el simpático Figueras; porque no sé de otro hombre á quien se crean más autorizados para molestarle á encargos y recomendaciones la mayor parte de los que le conocen, aunque sólo sea de oídas.

En cambio, cuando el timorato rentista de aldea se va á acostar, imaginando que á aquellas horas de la noche el republicano que defendió á la *Comune* vociferaba en un club demagógico amenazando la paz de los tranquilos hogares, no sabe aquel infeliz que ya hace tres horas que duerme Figueras descansando de las fatigas del día.

Sería indigno de él y de nosotros hablar de sus morigeradas costumbres. Su vida es trasparente; no hay en ella nada oscuro ni equivoco.

Un día (era durante las Cortes Constituyentes), estaba Figueras prediciendo lo que podía suceder en España, si el gobierno guiaba por ciertas escabrosas sendas los negocios públicos. En aquella peroración hubo de decir que correrían muchedumbres de españoles armados á ampararse de las defensas naturales de Sierra-Morana.

El ministro de la Gobernación no vió en Sierra-Morana sino un refugio de bandoleros; y al contestar al diputado federalista, dió á entender que sólo forajidos podían ampararse de aquellas escarpadas asperezas.

¡Gran triunfo no sólo para el talento, sino para la elevación de ideas del diputado de la izquierda; que inspirándose en la indignación más sublime, evocó la memoria de los augustos mártires de nuestra independencia peleando heroicamente en aquellas escabrosidades, consagradas ya por el patriótico esfuerzo de los que habían destruido al gran Miramamolín en otros siglos!

Leyendo aquella réplica podrá tal vez formarse idea del estilo oratorio de Figueras; viéndole y oyéndole cuando salía de sus labios, se comprendía lo elevado de los afectos que se le dictaban, resaltando la enorme diferencia que había entre las ideas del ministro de la Gobernación y las que en la mente de Figueras iban enlazadas con los recuerdos de aquel sitio gloriosamente memorable.

ROBERTO ROBERT.

## MIS DIAS.

¡Qué bien he dormido!... ¡Bendito mi sueño,  
Que presta á mis sienes de muerte el sopor!  
¡Dormir es no verme del mundo en la ronda,  
Comparsa de estuco, sin fé ni ambición!

Muy tarde es por fuerza... Cual rayo pajizo  
Penetra en mi alcoba sin fuerza la luz;  
La luz deamayada del sol, que se hunde,  
Tiniendo de nácar vapores de tul.

Yo vi las mañanas, alegres y puras,  
Perdersé; yo he visto radiante ese sol;  
Sentí de las sombras el manto envolverme;  
Dormí á su contacto; más... ¡no amaneció!

La luz engañóme colores fingiendo.  
El sol me ha engado, vecino al Zemit...  
¡Las sombras tan sólo ni mienten, ni clegan!  
Lo negro es la nada... ¡Qué hermoso es dormir!

La turba entretanto madruga y se agita,  
Corriendo á engañarse lo mismo que yo.  
—«¡Qué loco!... ¡Qué loco!»—Dirán, si me escuchan.  
¡Mi día es la noche!... ¡Mi noche es el sol!

RAMÓN RODRIGUEZ CORREA.

## TECHO DE UN SALON

DEL PALACIO DEL DUQUE DE BAIJÉN, Y PATIO DEL MISMO PALACIO.

El bellísimo techo, cuya copia ofrecemos á nuestros suscritores en el presente número de LA ILUSTRACION DE MADRID, es original y debido al fácil y elegante pincel de D. José Marcelo Contreras, profesor de la escuela de Bellas Artes.

Esta obra, notable por la composición y los detalles, ha sido ejecutada con rara perfección por el hábil artista, y constituye uno de los primores de aquella sumptuosa morada; es de estilo del renacimiento italiano é inspirada en las Logias de Rafael; bien merece que demos alguna idea de su composición, aunque para ello procuramos emplear las ménos palabras posibles: Lleva cuatro medallones en los centros de los lados, que representan la Música, la Pintura, la Escultura y la Arquitectura; en los ángulos del cuadrilongo, trofeos musicales alegóricos de la música religiosa, de la dramática, de la militar y de la pastoril; en la gran faja de los artesanos, graciosos adornos con niños, y en las enjutas de los dos arcos de la medalla central, cabezas de tres caras con profusión de adornos y frutos; en las claves de los referidos arcos hay octógomos con buenas figuras de la noche y del día; la gran medalla central manifiesta un cielo lleno de luz con bandadas de pájaros y el resto está cubierto de molduras y grecas sobre fondo de oro, las primeras de alto relieve y las segundas de hermosos colores.

El patio, que también hemos creído conveniente copiar, es de estilo pompeyano y su distribución y proporciones del mejor gusto. Está construido con mármoles y ricas escayolas y coronado por una techumbre de cristales primorosamente tallados en los cuales campean los escudos de la casa en gran tamaño. En el centro se alza la bella estatua de *Naveio*, original de nuestro compatriota D. Elias Martín, y en el fondo hay un grupo encantador de cabras que, si no estamos equivocados, es de Barberini, ambas esculturas de mármol blanco. El patio fué trazado por el arquitecto Mr. Ombre.

G.

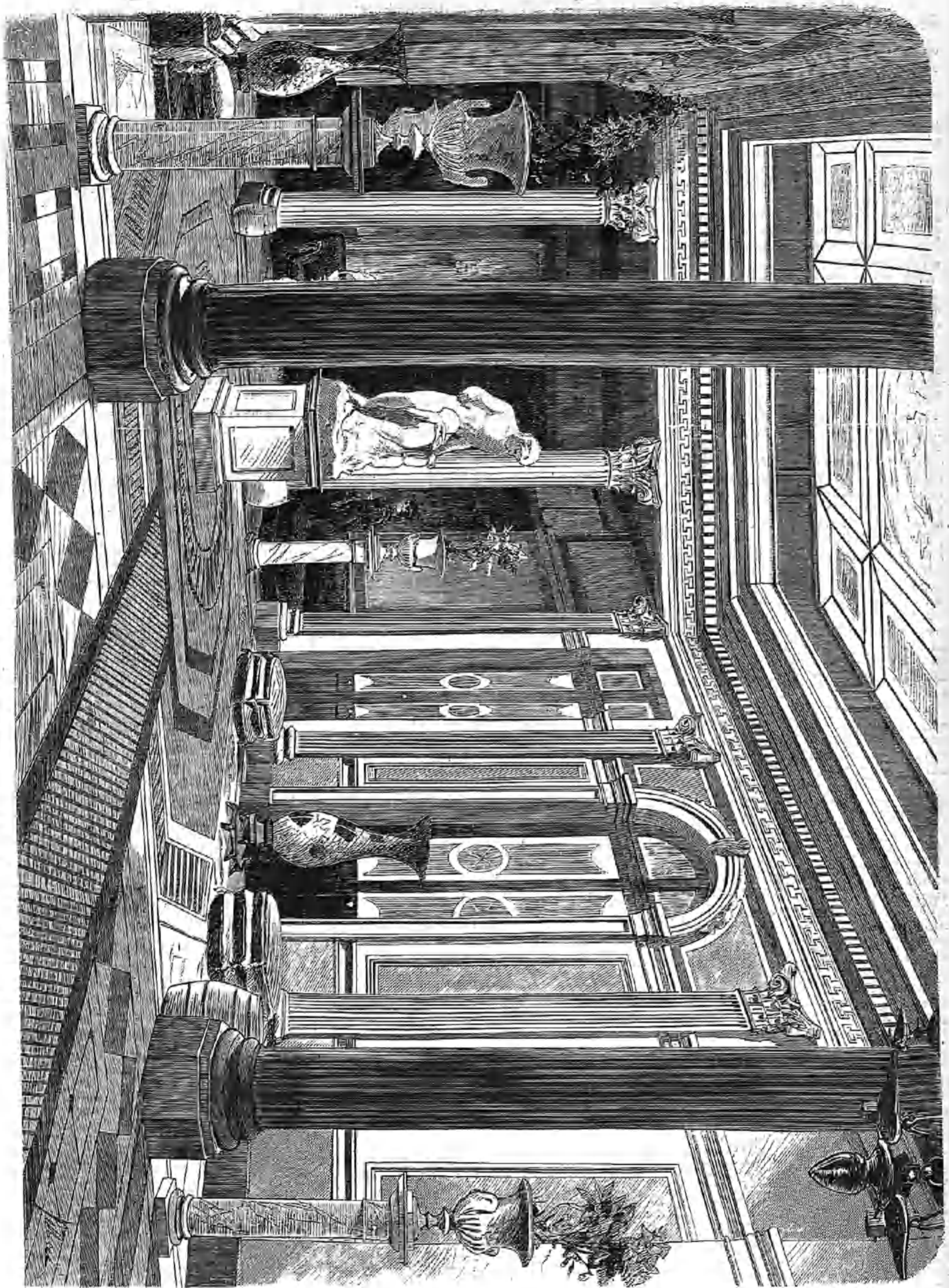
## NUevas ARMAS DEL IMPERIO ALEMÁN.

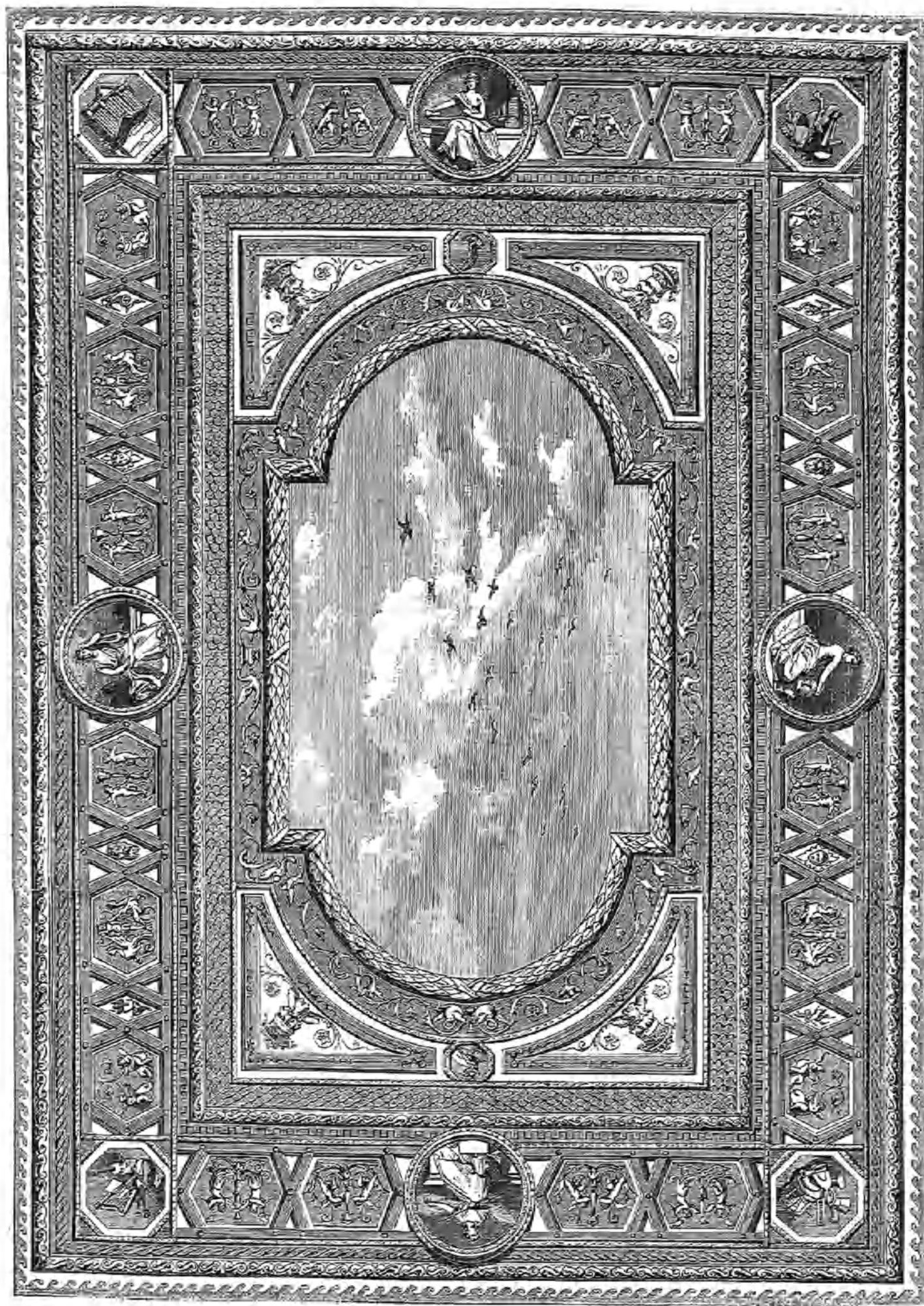
Han empezado á colocarse con grande actividad en todos los edificios públicos de la Confederación, las nuevas armas del imperio alemán, la copia de las cuales publicamos en este número de nuestro periódico.

Compónense dichas armas con el águila negra alemana, sobre cuya cabeza se ostenta la corona imperial de Carlo Magno; en el centro, y sobre escudo de plata, campea el águila prusiana con corona real, entre, globo y las letras F. K., iniciales del soberano reinante.

G.

PATIO DEL PALACIO DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE BAIEN.





TECHO DE UN SALON EN EL PALACIO DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE BAILÉN.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

Y con una voz muy mimosas, repuso Cármen:

—Me quedaré en casa, ¿y tú vendrás?...

—¡Buena, mujer, vendré, y sea lo que Dios quiera!...

—Qué bueno eres, dijo Cármen radiante de alegría y luego añadió: Adios vida mia, véte ya, porque es muy tarde y puede venir padre. ¡Ves cómo no nos ha visto nadie!...

—¡Ya! Pero si hubieran venido!...

—Te hubieras metido entre el estiercol y...

—¡Pero qué necesidad había!...

—Si te hubieras ido, alma de Dios, ¿hubiéramos estado juntos este rato!...

Aquí callaron los dos muchachos, y la Inna se conoec que quiso ver si podía descubrir la escena muda que á

la sazon estaba pasando entre los amantes, y fué poco á poco adelantándose hasta iluminar la hermosa frente de Cármen. Al verla Pepe alumbra da de aquel modo, exclamó:

—¡Cármen de mi alma, qué bonita eres!... y salió del corral al poco tiempo diciendo para sí:

—¡Cármen de mi vida!...

¡Tienes una carita  
De San Antonio,  
Y una condicóncita  
Como un demonio!

## VI.

Serian como las nueve de la mañana, y en la iglesia parroquial del pueblo acababan de tocar el segundo toque para la misa mayor.

Toda la Plaza, en la que se hallaba situada la parroquia, estaba llena de grupos de hombres de diferentes edades que esperaban, conversando tranquilamente, que la campana dejara oír por última vez sus metálicos sonidos.

Veíanse á los mozos formando grupos, separados de los viejos, y aun estos mismos subdividíanse tambien, formando coros con los más amigos.

Iban entretanto pasando en dirección de la iglesia, las madres con las hijas y las hijas con las madres. Escuso decir que los ojuelos de las chicas favorecían más los corrillos de los muchachos que los de los viejos.

En uno de los rincones de la Plaza habia una especie de covacha indecente, donde se leía en letras de carácter indefinible:

*desPacho De Niños*

Habia delante de aquel santuario del dios Baco unos cuantos bancos mugrientos y desvencijados, y en ellos algunos caballeros de no muy buen aspecto. No tengo para qué decir que uno de ellos era el señor Francisco.

La conversacion que entre ellos habia era bastante animada, aunque parecia se recataban de que pudieran oírlos, pues hablaban muy bajo.

Acerquémonos sin ser vistos y oigamos lo que dicen. El señor Francisco es el que tiene ahora la palabra, dirigiéndose principalmente al tío Ramon, dueño de aquel indecente tenducho.

—Sí, hombre, sí; decía Francisco, aguántate y no tengas cuidado, que tras de un tiempo viene otro, y si hoy te va mal con el tío ese, alcalde de poco más ó menos, mañana será otro día y ya verás como estados mudan costumbres. A bien que no anda lejos, segun dice un papel que viene de Madrid, y entonces podrás tener la tienda abierta todo el tiempo que quieras.

—¡Maldita sean sus tripas! replicó Ramon: mire usted que se le importará que esté abierto el establecimiento hasta el día del juicio por la noche. ¿No estoy en mi casa? ¿No soy el rey en allá...? Pues yo puedo hacer lo que me dé la real gana y cerrarla cuando me acomode!... ¿No parece sino que le exijo que pague el aceite del candil!... ¿No, el día que pueda yo le diré á ese burro matalon cuántas son dos y dos!... ¿Por meterse en todo se mete hasta en los charcos!... ¡Beniego de su alma!... ¿Dónde habrá oído que en mi casa se aprende malas costumbres, y que de aquí sale todo lo malo que en pueblo se hace!... ¡A bien que no cas el maldito del embrollon, que lo más malo que el pueblo ha hecho, ha sido el elegirlo de alcalde y de aquí puede estar seguro que no salió!... ¿Que aquí se aprenden malas mañas y sale todo lo...? ¡Anda! ¡Anda! que tambien tiene la culpa de eso ese cura de los demonios, de quien se aconseja... ¡Si es cura para que sea bueno!... ¡Maldita sean todas las gentes que se visten por la cabeza!!!...

—Hombre, le contestó uno de aquellos parroquianos, las mujeres tambien se visten por la cabeza y esas...

—Mire Vd. qué regalo, replicó Ramon, para lo que sirven... Y sobre todo la que no es...

Una carcajada resonó en derredor de aquel exabrupto del tío Ramon.

¡Pobres mujeres! ¡Aquellos hombres habian tenido madres, tendrían mujer, y acaso tendrían hijas!...

Mas no os apuréis, mujeres,  
Si desprecian vuestro sexo,  
Que nunca las voces de años  
Podrán ofender al cielo.

—Diga Vd., señor Francisco, preguntó un tío rechoncho que estaba sentado en frente del interpelado. ¿Y de qué papel nos acaba Vd. de hablar y qué ha sido esa monserga que acaba Vd. de decir, de la cuál nos hemos quedado casi todos en ayunas?

—De veras, señor Juan, que no sabe á lo que me refiero; contestó Francisco. ¿Pues ahí es nada!... Es un papelito largo y estrecho que salió sin que lo sepa nadie y sin saber dónde se escribe. Mire Vd., dice cosas muy buenas... Dice que todos los hombres son libres; dice que todos los hombres son iguales; dice que debemos romper las ataduras, y que el día que ellos manden, todos, todos, seremos muy libres. Es decir, tío Ramon, dijo dándole una voz para que éste se acercara más, que tú podrás tener la tienda abierta todo el tiempo que te de la gana, y que todos haremos lo que más nos guste, y que nadie nos mandará, y que nos mandaremos todos!

—¡Señor Francisco, replicó Juan, sabe Vd. que eso me parece algo fuerte, pues si mandamos todos alguien

tendrá que obedecer, ó esto será una merienda de negros!...

—¡Pero, hombre, qué cerrada tiene Vd. la mollera! contestó Francisco. Si como ese modo de mandar, que es nuevo, hay muchos pueblos en Africa, la que descubrió Colon, en el reinado de Felipe II, el rey de las hogueras; y ahora se gobiernan así y viven muy á gusto.

—¡Pero en Africa, dijo uno de aquellos bebedores, no es dónde están los moros?

—¡Quiá, hombre!... contestó Francisco: eso es en la India. Ahí no hay moros ni cristianos, no hay Dios conocido.

—¿Cómo es eso! preguntó Juan algo asustado.

—¡Siendo! dijo Francisco incomodado por tanta pregunta como le iban haciendo y sin saber qué contestar. Y luego añadió. El caso es que será verdad, cuando está impreso en letras de imprenta, y que yo lo he leído y releído y que me he enterado bien!

Todos se quedaron asombrados de la erudicion de Francisco, y desde entonces le trataban con más respeto. Hablaba mucho y hasta con elocuencia... Fácil será que llegue un día en que forme parte del poder político-administrativo del pueblo.

Siguió Francisco perorando, les habló de la libertad de trabajo, que traducida por él queria decir que, el que quisiera trabajara y el que no no trabajara, sabiendo que nunca le faltaría qué comer.

Esto les convenció á todos y todos se afiliaron en la bandera de aquel partido, que aún no sabian como se llamaba, porque al bueno de Francisco se le habia olvidado el nombre, pues segun decía, era algo *curioso*.

Mientras esto pasaba en aquel receptáculo del viento, hacia el centro de la Plaza se fijaban las miradas de la gente moza que por allí andaba, para ver pasar á María y á su madre que se dirigian á la puerta principal de la iglesia. Todos las saludaban respetuosamente al pasar.

María llevaba un ramito de pensamientos en la mano, y de cuando en cuando le dedicaban algunas miradas barlonas, unos cuantos envidiosos, á Manuel, que ya os habreis maliciado no andaria muy lejos, como el dichoso mortal á quien irian á parar las tales florecillas despues de azabada la misa.

Por fin Jacinto, el mozo más atrevido de los que cerca de él estaban, le dijo:

—¡Hola, tunante!... ¿Ves quién á pasado por ahí?... Y vamos, trae el recuerdo de todos los domingos.

—¡Qué estás hablando ahí de recuerdos ni de domingo! respondió Manuel.

—¡Me gusta!... Hazte el desentendido; contestó el primero.

—Pues ya se vé que no entiendo una palabra!...

—Ven acá, Manolo, hipocriton de los diablos! ¿No has visto el ramo que trae María?

—Sí, dijo Manuel.

—¡Pues todos los domingos no trae uno!

—Calla, pues es verdad!... repuso algo serio Manolo, Y luego añadió: pero será para oler, porque á mí no me le da.

—¡Para oler! Para oler un ramito de pensamientos, replicó con socarronería Jacinto, y siguió diciendo: ¡Pues como huelen tan bien los indios!...

—¡Pues no huelen mal! contestó Manuel incomodado.

—¡Vaya! ¡Bueno! Yo no soy ciego y larto he visto que tu María vuelve sin él cuando pasa luego por aquí para irse á su casa. Tú te vas con ellas despues de misa... ¡con que verde y con asaf!...

—¡Sí, melones! ¡Hablaís por hablar! Yo la dejé siempre en la esquina de la calle Mayor y me voy á mi casa.

—¿Y no las has preguntado nunca dónde van?

—Nunca! contestó Manolo con firmeza.

—¿Ni te lo han dicho?

—¡Tampoco!...

—Pues mejor! ¡Mira á mí que me importa!... murmuró marchándose Jacinto, amostazado del silencio de Manuel.

Y sin embargo, Manuel tenía razon y Jacinto motivo para sospechar.

María llevaba todos los domingos un ramo de pensamientos y á su casa no volvía.

Manuel no se habia atrevido á preguntarles nunca dónde iban despues de misa y ellas no se lo habian dicho.

María iba con su madre y Manolo no sospechaba nada; pero ¿y el ramo que llevaba, á quién se le daba? Esto podía ignorarlo la madre...

*(Se continuará.)*

## EL ORGANILLO.

## I.

¡Solo estoy! ¡De mi retiro  
Nadie perturba la paz!  
No amo á nadie. Á nadie admiro.  
Ya ni lloro ni suspiro,  
Ni de reír soy capaz.

.....  
.....

Poco á poco, onda sonora,  
Lánguida, triste y lejana,  
Como queja de quien llora,  
Llegando á mí voladora  
Domina el bullicio ufano.

De un organillo es el son;  
El inerte corazón  
Apresura su latido,  
Y es que repite el sonido  
De mi madre una canción.

¡Si vivieras, madre mía!  
Si el rayar el nuevo día  
Tu voz tiernísima y clara  
Cantando me despertara,  
¡Qué alegre despertaría!

¡Seguid tocando!... así... ¡así!  
¡Madre, te escucho y te beso,  
Y siento volver á mí  
De la niñez que perdí  
El livianísimo peso.

Vuelven mis puras mañanas,  
Y el repicar de campanas.  
Y el santo exámen contrito  
Y, entre el incienso bendito,  
Mis oraciones tempranas.

Y placeres infantiles,  
Y premiadas vanidades  
De triunfos estudiantiles,  
Y besos miles y miles  
Entre sustos y ansiedades.

Y el dormir en tu regazo,  
Al rielar de las estrellas,  
Mi cuello sobre tu brazo,  
Viendo en tus ojos el trazo  
Que con su luz dejan ellos...

## II.

Suena de pronto  
Hondo gemido,  
Como del pecho  
Largo quejido;  
Y en mil acordes,  
Tras breve pausa,  
En notas ligeras, que vértigo inspiran,  
El ritmo cambia.

## III.

¡Sí!... ¡Me acuerdo!  
Fui temblando  
Y confuso  
Y vacilando,  
Como llega  
El que ruega.  
Cruce la ancha sala, cuajada de oro...  
La sangre en mis sienes con fuerza latía  
Y la dije:  
—¡Vida mía,  
Yo te adoro!

Ella escucha  
Sourojada,  
Y en mi hija  
Su mirada,  
Más sus ojos  
Sin enojos  
La muda respuesta me dan que reclamo.  
A pocos instantes su labio decía

En voz baja:  
— ¡Gloria mía  
St... ¡yo te amo!

## IV.

¡El himno!... ¡Es el himno  
Sonando valiente!  
¡El himno que ardiente  
Mi sangre encendió!  
¡Aquel cuyos sonos  
Los pueblos aclaman,  
Si ayuda reclaman  
Los héroes que amó!

Yo al son de ese canto  
Espuse mi vida,  
Gané la partida  
Soñando en el bien.  
Cayeron coronas,  
Laureles cayeron...  
¡Los vivos... comieron,  
Los cuervos... también!

## V.

Cesa ya, organillo extraño,  
Que en mi recinto no alcanza  
Tu son a aliviar el daño...  
¡Aquí habita el desengaño!...  
¡Corre á alegrar la esperanza!

RAMON RODRIGUEZ CORREA.

## CARTAS

ACERCA DE LA CUESTION DE LA OPERA EN ESPAÑA.

DIRIGIDAS A M. KARL PETERS.

## CARTA TERCERA.

En mi anterior carta, amigo Karl, quedé obligado á darte cuenta de mi viaje artístico de exploración por los campos musicales. Comienzo, pues, mi narración, en cuyo curso trataré de describirte todos cuantos monumentos notables he hallado al paso; te los describiré como te guste entusiasta, con los detalles suficientes para que de ellos puedas formar una idea exacta, no con puntas y ribetes de sabio, que esto es imposible por muchas razones, siendo una de ellas el tener que servirme para complacerte de datos recogidos entre los historiadores musicales de mayor importancia. Dios me tenga de su mano, como decimos por aquí, y librenos á tí y á mí de todas las dobles y triples *disonancias* que en mis desdichadas elucubraciones hallarás sin duda.

El drama musical tuvo su nacimiento en los últimos años del siglo XVI, comenzándose por añadir coros é intermedios musicales á las tragedias y comedias; estos coros é intermedios no eran más que madrigales cantados por varias voces y desprovistos de expresión, porque no conociendo los músicos de aquel tiempo sino las formas del contrapunto, el arte se hallaba en el estado de mecánica. En ocasión de las bodas de Fernando de Médicis y de Cristina de Lorena, se representó en Florencia uno de estos dramas mezclados de música, cuyo argumento estaba basado en el *Combate de Apolo y de la serpiente*. El virey de Sicilia desplegó un lujo inusitado en las representaciones de la *Aminta* del Tasso, para la cual había compuesto coros é intermedios el jesuita Marotta.

Estos ensayos estimularon á otros artistas para trasladar al canto algunas escenas de una pastoral titulada *El sacrificio*, representada en Ferrara hácia el año 1550, y varias de la *Infantocida* y la *Arlecina*, que fueron ejecutadas en la misma corte. Todas estas composiciones estaban escritas en estilo madrigalesco, sin pasión, sin melodía expresiva, pero de forma dulce y sírca. Los instrumentos acompañaban al canto, ejecutando las mismas partes que las voces.

La protección que los Médicis prestaban á las artes, habían convertido á Florencia y Roma en núcleos de las gentes de gusto y de los hombres más distinguidos de Italia. En 1590 se hallaba reunida en Florencia una sociedad de nobles, sabios y artistas, entre los cuales se hacían notar Bardi, Vicente Galileo, Rinuccini el poeta y otros varios, y los compositores de música Peri, Caccini y el célebre Emilio del Cavaliere, para el cual se había entonces creado la plaza de inspector general de los artistas.

Estos hombres de genio celebraban frecuentes reunio-

nes en las que trataban de buscar todos los medios posibles para perfeccionar las artes y en particular la música; todos comprendían la posibilidad de dirigir el arte hácia un fin más noble, haciéndole servir para desarrollo de los movimientos apasionados del alma.

En una reunión verificada en casa del conde de Vernio, hizo oír Vicenté Galileo el episodio del *Conte Ugolino*, del Dante, sobre el cual había establecido una especie de recitado acompañado de instrumentos. Este ensayo, aunque imperfecto, como es natural, fué aplaudido y confirmó las ideas de la sociedad sobre la mayor aplicación de la música á la poesía.

En 1590 Emilio del Cavaliere hizo representar ante el duque de Toscana una especie de drama musical, bajo el título de *Il sábio*, y el mismo año escribió *La disperazione di Pileo*. Todas estas obras, así como la pastoral titulada *Il ginoco della Cioca*, representada en 1595, excitaron la más viva admiración, porque eran el producto de una idea creadora destinada á cambiar la dirección del arte. La melodía era muy débil de ritmo, y no podía considerarse sino como una especie de recitado mesurado, pero que no carecía de expresión. Por otra parte, este género de música era notable por el sistema de instrumentación que la acompañaba. La composición de las orquestas de estos proto-autores de música dramática tenía por objeto variar los efectos, aunque los instrumentos carecían de fuerza de sonoridad. La armonía de estos instrumentos no seguía nota por nota las partes del canto, y los instrumentos ejecutaban de vez en cuando algunos ritornelos. De ahí las variedades que se introdujeron en los sistemas de instrumentación y que antes de finalizar el siglo XVI ofrecían ya mucho interés.

A petición de Corsi puso en música Peri *La Dafne*, pastoral de Rinuccini, en 1594, y poco después la tragedia lírica de *La muerte de Euridice*, en colaboración con Caccini. Esta última obra fué representada en Florencia cuando se celebraron las bodas de María de Médicis con Enrique IV, rey de Francia. El célebre Monteverde añadió mucho á las invenciones de los artistas citados, cuando escribió en los primeros años del siglo XVII las óperas *Orfeo*, *Ariadna* y el baile *Delle ingrate*. Sus ritmos fueron más marcados por la repetición periódica de ciertas ideas principales: creó el *aria* y el *duo*, y la instrumentación de este ilustre compositor fué más variada que la de Cavaliere, Peri y Caccini, y se adaptaba perfectamente al carácter de los personajes y á las situaciones dramáticas.

Estos ensayos, que fueron acogidos con gran entusiasmo, tuvieron una dignísima coronación con un acontecimiento el más importante de los que registra en sus anales la historia del arte musical. Guiado por su instinto, y con más confianza en éste que en las reglas de la armonía de aquella época, Claudio Monteverde, que ya anteriormente había creado novedades muy notables en la instrumentación, llevó á cabo la innovación más audaz, poniendo en relación la cuarta nota de la escala, la quinta y la séptima, \* apesar de los anatemas y los gritos de espanto de una multitud de músicos. Por esta sola hecho, Monteverde creó las disonancias naturales de la armonía, una nueva tonalidad, el género de música llamado *cromático*; en una palabra, la modulación.

Inmenso y trascendental descubrimiento fué el que se atribuye al compositor veneciano, fecunda semilla de la que recogieron provechosos frutos todos los demás compositores que al primero sucedieron.

Una vez marcado el camino de la expresión dramática, la ópera comenzó su período de desarrollo y fué avanzando progresivamente.

Alejandro Scarlatti, discípulo de Carissimi y artista dotado de un genio eminentemente dramático, imprimió, por la belleza de sus árias y cantatas, un gran movimiento de progreso al drama musical. Scarlatti varió el carácter de las árias de ópera que hasta entonces habían tenido una estructura uniforme, sea en la marcha de la modulación, sea en la disposición de las frases y en la repetición de las ideas; varió también el movimiento, el ritmo y el sistema de instrumentación y de armonía, y fué el jefe de la escuela napolitana que á principios del siglo XVII se colocó á la cabeza de todas las demás.

De esta escuela salieron sucesivamente artistas de primer orden, tales como Leo, Pergolesi, Caffaro, Jomelli, Piccini, Sacchini, Majó, Paisiello y Cimarosa, y

\* Las reglas de la armonía desde el siglo XIV hasta fines del XVI prohibían la relación entre la nota superior del primer semitono con la nota inferior del segundo, de manera que no existía realmente la nota sensible, ni podía existir la tonalidad de la música actual.

cantantes incomparables como Farinelli, Caffarelli y Crescentini. Todos los géneros de música que pertenecen al género expresivo fueron cultivados con igual éxito por estos hombres de genio, cuyo mérito principal consistía en el arte de añadir fuerza y pasión á la poesía. La ópera marchaba á pasos agigantados, pero restábalan aún mucho camino que andar. La melodía, divinizada por los italianos, tenía para ellos tanta importancia que no admitían la armonía sino á condición de simple acompañamiento destinado á prestar una ayuda secundaria á la voz, que jamás podía ser cubierta por la instrumentación. Los recitados, compuestos de frases libres y simétricas casi siempre, tenían modulaciones dadas que nunca pasaban de las llamadas por relación. El corte de todas las piezas era uniforme: recitado obligado, *andante*; recitado obligado, *allegro*.

Era necesario un vigoroso empuje que lanzara al arte á los espacios de la completa verdad de las situaciones y del interés dramático. Era necesario, para que esto llegara á verificarse, que surgiera un genio predestinado á operar la trascendente revolución que ya se había hecho inminente. El arte creó este genio; pero fué tan inmenso, tan grandes fueron los resultados de su talento, tan completa la transformación que verificó en el drama lírico, que sobrepasó á todas las esperanzas. Extraña oritura que, comenzando por sacudir el yugo de la severidad de las reglas escolares y conñado en la superioridad de su instinto, admiración del mundo entero, abrió prematuramente sus alas y remontó su vuelo al cielo del arte, que logró alcanzar y regir como soberano. Luminosa estrella que al calor de sus propias fuerzas fué adquiriendo gigantescas proporciones, convirtiéndose luego en brillante sol, cuyos resplandores, irradiando sobre un mundo musical estupefacto al contemplar tanta maravilla, cegaron con su brillo á todos los compositores de aquel tiempo, obligándoles á hacer abstracción de su propio talento, para imitar á aquel ser fenomenal que tenía encadenados á sus pies al genio y la fortuna. El abarcó con su inagotable inspiración todos los géneros de música, él llevó á cabo en menos de quince años la transformación del empleo de la armonía en la música dramática, convirtiéndola de natural y exhausta de disonancias y transiciones, como hasta entonces había sido, en armonía erizada de disonancias y modulando sin cesar; él hizo desaparecer el antiguo recitado libre, reemplazándolo por un recitado acompañado, cuya instrumentación pintoresca presta un carácter más marcado á cada situación, una expresión más viva á todas las pasiones.

En el espacio de diez y nueve años escribió cuarenta y un óperas; el año 1816, cuando él contaba veinticuatro de edad, escribió *El barbero de Sevilla* y *Otello*. A la edad de treinta y siete años compuso el *Guillermo Tell*, y al día siguiente de su primera representación en el Teatro de la Ópera de París, aquel hombre tan grande, niño mimado de la fortuna, y á cuyos pies se quemaba diariamente el incienso de la adoración, aquel artista privilegiado que había llenado el mundo entero con su fama; que se vio acariciado y festejado por todos los soberanos de Europa; que pasó orgulloso su catro triunfal seguido por una muchedumbre que jamás se cansaba de admirarlo; aquel hombre excéptico y descreído cuyo amor al arte no igualaba ciertamente á su organización sin rival, rompió para siempre la pluma de compositor y se retiró para derramar la hiel que su corazón contenía y morir luego, después de haber legado el arte un *Stabat Mater* y una *Misa*, composiciones que, aun en medio de sus inmensas bellezas, revelan en algunas frases el germen de descreimiento del alma que las engendró.

Después de estas palabras, no queda más que un nombre: Rossini.

Cuantos compositores adquirieron nombre y fama después del artista inmortal cuyo nombre ha quedado grabado con caracteres de oro en la historia del arte y en el corazón de todos los artistas, tuvieron que supeditar su talento al género rossiniano. Todos le imitaron; muy pocos le imitaron bien. Tan sólo dos han llegado á llamar la atención primeramente y á eclipsar por algún tiempo la nomenclatura de Rossini. El primero fué Bellini que, comprendiendo la sociedad en que se hallaba el público respecto á la música de Rossini, á consecuencia de haberla maltratado gran número de malos imitadores, varió el estilo al escribir sus óperas y creó ardientes melodías originales, que reflejaban claramente el fondo melancólico de su corazón y los padecimientos de su débil organización física. Poseyendo escasos conocimientos teóricos y estudiando en la lectura de las grandes partituras, logró elevar su estilo en *Norma* y los

*Puritimos*, á pesar de su endeble instrumentacion y poca riqueza armónica, que la muerte no le permitió ensanchar por haberle arrebatado del mundo en lo mejor de su edad.

Donizetti, más afortunado, elevó la expresion dramática á una altura superior; y asimilando á sus conocimientos cuanto de mejor encerraba el estilo de Rossini, creó uno especial que, aunque de factura italiana, ha sido, en mi desautorizada opinion, el último paso dado por los compositores de Italia en el camino de la verdad de expresion dramática. *Lucrezia Borgia*, *Lucía* y *Favorita* marcan un gran adelanto, un gérmen de novedad que en manos de Meyerber alcanzará los últimos límites.

Después de Rossini, Bellini y Donizetti, el arte duerme en Italia, alargado por las conmociones que ha experimentado en tan corto tiempo. De vez en cuando suena el nombre de algun compositor, compositor discreto versado en la armonía y contrapunto, pero que al contemplar las nuevas necesidades del oido y del corazon retrocede medroso sin atreverse á emprender el camino que otras naciones han iniciado. Mercadante y Paccini han sido los últimos; sólo queda Verdi, el autor desigual por excelencia, y que, merced á algunas piezas magistralmente escritas, ha sabido hallar prosélitos á pesar de sus incorrecciones y del exceso de sonoridad, que es su prurito.

¿Engendrará la Italia un génio capax, no ya de transformar el arte, sino de conducirle por la nueva via que ha emprendido?

Terminado mi primer viaje, abandono el país de las melodías y me despido de tí para Alemania y Francia, de cuyas naciones te hablaré en mi próxima carta.

*Addio, dunque.*

ANTONIO PEÑA Y GOSI.

**FIESTA**

EN HONOR DE MENDEZ NUÑEZ.

El día 22 de junio último se celebró á bordo de la fragata *Numancia*, fondeada á la sazón en el puerto de Barcelona, una magnífica fiesta dedicada á conmemorar las glorias alcanzadas en el combate del Callao por el ilustre y malogrado almirante Mendez Nuñez, cuya muerte llorarán siempre todos los buenos españoles.

Sobre dos croquis que oportunamente recibimos de Barcelona hemos hecho los dibujos y los grabados que publicamos hoy en las planas de LA ILUSTRACION, cuyos grabados dan cuenta de aquella solemnidad, que los periódicos de la ciudad condal describen con entusiasmo y en los términos siguientes:

«A las tres de la tarde, hora indicada por el excelentísimo señor Ayuntamiento, salió de las Casas Consistoriales la comitiva oficial, abriendo la marcha cinco guardias municipales de caballería en traje de gala, á los cuales seguían en dos filas los alcaldes de barrio, algunos de los cuales lucían las cruces recibidas por los servicios prestados durante la última epidemia. Cuatro jóvenes obreros, naturales de esta capital, y que en el combate del Callao habian servido de cabos de cañón ó marineros, en traje de paisano, pero luciendo en el pecho la medalla conmemorativa de aquel brillante hecho de armas, llevaban en andas la plancha de plata, la cual estaba colocada sobre dos remos pintados de rojo y amarillo y cubiertos con una gran bandera española que el Ayuntamiento de Barcelona regaló á la fragata *Numancia*. Circuía la plancha una especie de guirnalda y una corona de laurel. A los cuatro ángulos de las improvisadas andas marchaban los maceros del Ayuntamiento en traje de ceremonia, y cerraba la comitiva el Cuerpo Municipal presidido por el Excmo. Sr. Gobernador civil, que llevaba la gran Cruz de Isabel la Católica.

«Al llegar á la puerta de la Paz, aguardaban á la comitiva D. José de Carranza, comandante de Marina y capitán del puerto, y algunos oficiales de marina que lucían sobre su uniforme la medalla conmemorativa del

combate del Callao. Cuatro de éstos tomaron entonces los remos que sostenían la plancha y la llevaron hasta uno de los botes destinados á conducir la comitiva oficial, el cual fué ocupado por las autoridades civiles y de marina. La lancha de vapor de la *Numancia* se puso en marcha remolcando el pequeño convoy, formado por seis ó siete botes, en los cuales ondeaba la bandera española. Durante el trayecto que tuvo que recorrerse, la música municipal, situada en uno de los botes, tocaba aires nacionales. Al pasar por frente la escuadra, las cornetas y tambores de los buques batían marcha.

«Al extremo de la escalera de la *Numancia* la aguardaba el jefe de la escuadra, general Mac-Mahon, vestido de gran uniforme y luciendo en el pecho la banda de Isab-

fausto suceso á la ciudad con una salva de artillería. Las músicas tocaron otra vez la marcha real, y acto continuo la tripulacion, mandada por el segundo comandante Sr. Terri, desfiló delante de la plancha, junto á la cual se hallaban las autoridades.

«Terminada la ceremonia oficial, se obsequió al gran número de señoras con un baile, danzando sobre cubierta un número considerable de parejas de marinos y señoritas elegantemente ataviadas, mientras el dueño del café Nuevo servía á las autoridades un refresco dispuesto al objeto. Tambien se sirvió con profusion no sólo al bello sexo, sino á cuantas personas se hallaban en el buque, helados, dulces, pastas, etc., pues los marinos quisieron corresponder dignamente al obsequio que les hacia la ciudad de Barcelona.

«A las seis la *Villa de Madrid* hizo otra salva mientras las autoridades civiles se retiraban de la fragata, siendo despedidas con los mismos honores con que habian sido recibidas. Las personas invitadas permanecieron en el buque bailando unas y recorriendo otras las dependencias, quedando todas altamente complacidas de la finura y galantería de nuestros marinos, que si no fueran ya proverbiales, bastarales esta ocasion para acreditarlas. La fiesta de ayer, á la par que quedará grabada en la plancha que se colocó, no se borrará fácilmente de la mente del gran número de personas que á ella concurren, y constituirá un navo-lanro para Barcelona, que ha demostrado una vez más cuánto aprecia la glorias de la patria y cuánto honra la memoria de sus preclaros héroes.»

La inscripcion de la plancha dice así:

A MENDEZ NUÑEZ  
EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA,  
MAYO 2 DE 1871.

En la corona de laurel de la derecha se lee lo siguiente:

CALLAO  
MAYO  
DE 1866.

y en la corona de palma del mismo lado

SI V. SE INTERPONE  
ENTRE MIS BARCOS  
Y LA CIUDAD,  
MI DEBER ES ECHARLE  
A V. A PIQUE.

La corona de laurel de la izquierda contiene estas palabras:

ASTAO,  
FEBRERO  
DE 1835.

así como la corona de palma del mismo lado recuerda y repite las muy elo-

cuentes y patrióticas que pronunció Mendez Nuñez en aquella jornada memorable:

MI NACION  
PREFIERE HONRA  
SIN BARCOS  
A BARCOS  
SIN HONRA.

LA REDACCION.

**LA ILUSTRACION DE MADRID.**

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses . . . . .	35 ¢	EN MADRID.	
Medio año . . . . .	62 ¢	Tres meses las dos publicaciones . . . . .	55 ¢
Un año . . . . .	115 ¢	Medio año . . . . .	95 ¢
		Un año . . . . .	160 ¢
		EN PROVINCIAS.	
EN PROVINCIAS.		Tres meses . . . . .	58 ¢
Tres meses . . . . .	36 ¢	Medio año . . . . .	95 ¢
Medio año . . . . .	66 ¢	Un año . . . . .	170 ¢
Un año . . . . .	120 ¢	EN PROVINCIAS.	
CURA, FUERTE-RESO Y EXTRANJERO.		Tres meses . . . . .	58 ¢
Medio año . . . . .	85 ¢	Medio año . . . . .	95 ¢
Un año . . . . .	150 ¢	Un año . . . . .	170 ¢
AMÉRICA Y ASIA.		CURA, FUERTE-RESO Y EXTRANJERO.	
Un año . . . . .	240 ¢	Medio año . . . . .	95 ¢
Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 ¢	Un año . . . . .	160 ¢



DON MIGUEL PEREZ Y CRÉSPEDES.

bel la Católica, el brigadier comandante de la *Numancia* D. Manuel José Díaz Herrera, el segundo comandante D. Antonio Terri y los oficiales del buque. El aspecto que éste presentaba al llegar á la cubierta es imposible describirlo. Parecía que Barcelona, al honrar la memoria del héroe del Callao, habia querido reunir en el buque que éste mandaba todas las bellezas que lucen sus gracias y encantos en la buena sociedad barcelonesa: tantas y tan elegantes damas y señoritas ocupaban el alcázar, el puente y todos los sitios convenientes de la cubierta.

«En esta se hallaba formado cordón la tripulacion con las armas presentadas, mientras la música la *Villa de Madrid* tocaba la marcha real. La comitiva dió la vuelta á todo el buque como llevando en trineo la plancha, y la tripulacion le hizo los honores de ordenanza, marchando en columna de honor detrás de la comitiva, de la que formaba parte el general Mac-Mahon, que iba al lado del Sr. Gobernador de la provincia.

«Llegados al lugar donde debia colocarse la plancha en el alcázar, sobre la puerta de entrada de la cámara del comandante, el secretario del Ayuntamiento leyó el acta de la sesion en la cual se acordó dedicar al malogrado almirante Sr. Mendez Nuñez una lápida conmemorativa en nombre de la ciudad de Barcelona. Al fijarse la plancha en el sitio designado izóse la bandera española en todos los toques de los buques de la escuadra, y las baterías de la *Villa de Madrid* anunciaron tra-